



UNIVERSIDAD
DE LA REPUBLICA
URUGUAY



Facultad de
Psicología
UNIVERSIDAD DE LA REPÚBLICA

TRABAJO FINAL DE GRADO

Desarrollo psicosexual en la obra freudiana: Revisión histórica y nuevas conceptualizaciones.

Autora: Luisa Marques Berrutti

C.I.: 4.814.993-1

Docente tutor: Mag. Lic. Roberto Julio García Podestá

Docente revisor: Mag. Lic. Gonzalo Corbo

Montevideo, Uruguay

30 de octubre de 2015

Resumen

Los postulados de Freud acerca de la sexualidad infantil generaron una gran polémica en la sociedad conservadora de su época, revolucionando la ciencia de ese entonces e influyendo ampliamente en el pensamiento sobre lo humano de nuestros tiempos. Así como se lo rechazó hace más de un siglo, existe aún hoy una tendencia a descreer en un descubrimiento que, en cambio, se muestra como herramienta fundamental para la comprensión tanto del ser en desarrollo, como de la significación de los síntomas que aquejan a quienes emprenden un tratamiento psicoanalítico.

Es por ello que para este Trabajo Final de Grado se ha considerado de interés tomar nociones imprescindibles para reconocer la valía de muchas de las concepciones del autor relativas al descubrimiento de la sexualidad del ser humano en sus primeros años de vida, atendiendo, a la vez, a las repercusiones de la misma en la vida adulta.

Se consideró la obra de Freud en el contexto en que surgió, sin desestimar las tensiones generadas tanto dentro como fuera del propio movimiento psicoanalítico.

El desarrollo psicosexual abarca ya no sólo las implicancias del recorrido por parte del propio sujeto desde su nacimiento hasta la adultez y, por lo tanto, la conformación definitiva de su sexualidad, es también determinante de la constitución de su psiquismo.

Se han historizado las nociones trabajadas reflexionando en torno a las mismas, planteando asimismo interrogantes y buscando, luego, responderlas para arribar a algunas consideraciones en torno a dicho objeto de estudio.

Palabras clave: *Psicoanálisis. Sexualidad Infantil. Desarrollo.*

Índice

1. Introducción.....	3
2. Desarrollo.....	4
2.1. Contextualización de la obra freudiana.....	4
2.2. Las sexualidades para Freud.....	7
2.3. La pulsión.....	9
2.4. Características de la sexualidad infantil.....	12
2.4.1. El psiquismo primitivo.....	15
2.4.2. Las fases de la evolución sexual.....	19
2.5. Pubertad y elección de objeto.....	29
2.6. Breves puntualizaciones acerca de la masculinidad y la feminidad.....	34
2.7. Caso clínico: “Análisis de la fobia de un niño de cinco años (el pequeño Hans)” (Freud, 1909).....	36
2.7.1. Presentación y análisis del caso.....	36
3. Consideraciones finales.....	39
4. Referencias bibliográficas.....	44

1. Introducción

En el presente trabajo se aborda el desarrollo psicosexual desde la obra de Sigmund Freud, quien no sólo propuso la existencia de impulsos sexuales en el niño, sino que, asimismo, explicó que en la sexualidad infantil se asientan las bases de toda vida sexual adulta. Esta monografía fue escrita pensando en ese último aspecto.

Puesto que lo que se pretendía abarcar aquí, en un principio, era la elección de objeto amoroso, característica de la pubertad – momento a partir del cual, desde una postura freudiana, la sexualidad pasa a servir a la función de reproducción – se consideró necesario realizar un recorrido teórico previo en torno de la sexualidad infantil. Atendiendo al desarrollo libidinal desde sus inicios, se fue abordando, más allá del camino que lleva a la conformación de la sexualidad adulta, la forma en que se va constituyendo nuestro psiquismo a partir de ese trayecto. Fue entonces que se percibió que, en el proceso de profundización en torno al tema, se había producido un cambio en el objeto de estudio inicial, constatándose que lo estudiado, finalmente, fuera bastante más amplio que el tema que se propuso en el comienzo.

Es así que, para dar comienzo a esta monografía, se decidió situar la obra freudiana en el contexto en que se gestó, teniendo en cuenta las muchas vicisitudes que enfrentó su autor a lo largo de su extenso y exhaustivo trabajo. Sobre todo en lo que respecta a la importancia concedida por él a los impulsos sexuales del hombre y, en particular, a la existencia de una vida sexual infantil – constataciones a las cuales llegó por medio de su estudio de las psiconeurosis. Su descubrimiento tuvo que soportar duras críticas de la sociedad conservadora de su época. En la actualidad, si bien su teoría tiene una gran trascendencia, los juicios hacia la misma ya no son tanto morales, sino científicos. Al psicoanálisis freudiano se le objeta la propuesta de un método terapéutico que, en nuestra modernidad líquida (Bauman, 2000), resulta largo y dificultoso, mientras lo que prima hoy es, muchas veces, el aplacamiento de los síntomas del que sufre a través de la ingesta de psicofármacos (Roudinesco, 2015).

Por otra parte, del psicoanálisis se han desprendido diversas vertientes, tanto contemporáneas a Freud como ulteriores a su fallecimiento. Autores que ejemplifican algunas de dichas vertientes son Melanie Klein, Donald Winnicott, Jacques Lacan, entre otros. Aquí, empero, se tratará el desarrollo psicosexual únicamente desde la obra freudiana, realizando un recorrido de la misma y observando cómo algunas de sus nociones centrales se fueron transformando a medida que su autor consideraba que iban dejando de ser válidas o suficientes para describir ciertos fenómenos.

De modo de ilustrar mejor los conceptos aquí abordados, así como de pensarlos en la clínica, se consideró importante, asimismo, tomar uno de los famosos casos clínicos de Freud una vez finalizado el desarrollo teórico de la temática. El elegido fue “Análisis de la fobia de un niño de cinco años (el pequeño Hans)” (Freud, 1909), dado que en él se ven reflejados momentos cruciales de la evolución sexual del infante, al mismo tiempo que se puede observar cómo algunas inflexiones en la última pueden ser causantes de síntomas neuróticos, incluso en edades tan tempranas como la de “Juanito”.

Se realizó, concomitantemente, un análisis crítico de lo expuesto, procurando reflexionar sobre la temática tratada, así como considerar qué aspectos de ella parecen válidos para un trabajo analítico en el contexto en que vivimos actualmente, tan distinto del que fue cuna de las teorías freudianas, y cuáles no, problematizando lo abordado, abriendo nuevas interrogantes.

2. Desarrollo

2.1. Contextualización de la obra freudiana

Comencé mi vida profesional como neurólogo procurando aliviar a mis pacientes neuróticos. Descubrí algunos hechos nuevos e importantes sobre el inconsciente. De esos descubrimientos, nació una nueva ciencia: el Psicoanálisis. Tuve que pagar caro por ese pedacito de suerte. La resistencia fue fuerte e implacable. Finalmente, lo logré. Pero la lucha aún no ha terminado. Mi nombre es Sigmund Freud.

Freud, s.f. (Castro & Kapnist, 1997)

Como preludeo del presente trabajo, antes de profundizar en la temática que se pretende abordar aquí, se cree importante situar la obra de Freud en el contexto en que fue gestada, dado que se considera que su teoría está ampliamente influenciada por éste, así como por la biografía del autor, de la cual se hará, asimismo, una sucinta reseña.

Las teorías freudianas y el Psicoanálisis como ciencia nacen sobre el final del siglo XIX, un momento socio-histórico complejo, que instala “definitivamente a las sociedades occidentales, en lo que llamamos la Modernidad” (Carril, 2003, p. 1). El XIX es un siglo en el que se desarrollan grandes investigaciones científicas, basadas sobre todo en el método experimental, que busca explicar “los fenómenos de la naturaleza”, del mismo modo que encontrar “las leyes que la regulan” (Carril, 2003, p. 1).

Sigmund Freud nace a mediados de dicho siglo, el 6 de mayo de 1856, en el poblado de Freiberg, Moravia, situado en lo que hoy es la República Checa. Hijo primogénito del tercer matrimonio de su padre, Jacob, comerciante judío de lanas, y adorado por su madre Amalia (también judía), quien espera, al igual que su progenitor, grandes cosas de él (Roudinesco, 2015), a los cuatro años de edad se traslada con su familia a la capital de Austria, Viena, en donde cursa sus estudios con excelentes calificaciones (Freud, 1925 [1924]).

Sobre “el orden familiar que [impregna] a Freud en su infancia y durante su adolescencia” dice Roudinesco (2015, p. 24) que se basa en “tres fundamentos: la autoridad del marido, la subordinación de las mujeres y la dependencia de los hijos”.

Freud es el primer miembro de su extensa familia en acceder a una formación universitaria. Comienza sus estudios en medicina en 1873, obteniendo el título en 1881 (Freud, 1925 [1924]). En esta fase de su vida, desarrolla un gran interés por el positivismo, así como por las teorías darwinianas. Es importante señalar este hecho, pues ambas corrientes dejarían una gran impronta en toda su obra (Roudinesco y Plon, 2008).

En la universidad, es víctima del antisemitismo que se gesta en la época, a pesar de lo cual, expresa no sentirse inferior por pertenecer a la colectividad judía. En sus palabras:

Estas primeras impresiones que recibí en la universidad tuvieron una consecuencia importante para mi tarea posterior, y fue la de familiarizarme desde temprano con el destino de encontrarme en la oposición y ser proscrito por la “compacta mayoría”. Así se preparaba en mí cierta independencia de juicio (Freud, 1925 [1924], p. 9).

Luego, se especializa como neurólogo, obteniendo una beca en el Hospital de la Salpêtrière (París) en 1885. Allí comienza a trabajar con Jean-Martin Charcot, gracias a quien toma sus primeros contactos con pacientes histéricas y el tratamiento de éstas por medio de la hipnosis (Freud, 1925 [1924]).

Conocida desde la Antigüedad, la histeria se manifiesta para los científicos del fin de siglo como una enfermedad del útero que toma el cuerpo de las mujeres. Para entender el origen de las convulsiones, los médicos dejaban a sus pacientes en un estado de sonambulismo o de sueño despierto al que llamaban hipnosis. (...) Charcot duerme a las mujeres de la Salpêtrière y hace desaparecer provisionalmente parálisis y contracturas. Utiliza el hipnotismo para mostrar que la histeria es una neurosis funcional sin enlace con el útero. (Castro & Kapnist, 1997)

Por otra parte, con su experiencia en París, Freud (1925 [1924]) toma conocimiento de que dicha neurosis no afecta únicamente a las mujeres, tal como se cree en la época, sino que también hay pacientes del sexo masculino que manifiestan síntomas histéricos.

Al regresar a Viena, en 1886, el joven médico contrae matrimonio con quien fuera su

prometida por más de cuatro años, Martha Bernays, futura madre de sus seis hijos. Años antes de su práctica con Charcot, había sido presentado al afamado médico Joseph Breuer, el cual le informó sobre el caso de una paciente histérica a la que había tratado entre 1880 y 1882. En su trabajo con ella, utilizó como método la hipnosis, constatando que “era posible liberarla de esa perturbación de la conciencia si se la movía a expresar [en dicho estado] con palabras la fantasía afectiva que en ese momento la dominaba” (Freud, 1925 [1924], p. 20). De vuelta en la ciudad en la que creció, Freud pasa a aplicar el método de Breuer en sus propios consultantes.

A partir de esa experiencia, descubre “que tras los fenómenos de la neurosis no ejercían una acción eficaz excitaciones afectivas cualesquiera, sino regularmente de naturaleza sexual: o conflictos sexuales actuales, o repercusiones de vivencias sexuales anteriores” (Freud, 1925 [1924], p. 23). Lo mismo lo dirige hacia la exploración de los fenómenos de orden inconsciente, postulando que los síntomas de la histeria y de las neurosis en general son producto de traumas sexuales experimentados en la niñez (teoría de la seducción) (Roudinesco, 2015).

Por otra parte, sus estudios acerca de las psiconeurosis tienen como consecuencia un cambio en la técnica utilizada. Es así que hace a un lado la hipnosis, debido a que no es aplicable a todos los enfermos y a que, al despertar de ese estado, parecen perderse los recuerdos evocados durante el mismo. En su lugar, aplica un método que consiste en exhortar al paciente en un estado de vigilia a que recuerde vivencias vinculadas a su enfermedad, asegurándole que tiene conocimiento de las mismas e imponiéndole la mano sobre la frente (Freud, 1925 [1924]).

Entretanto, se pregunta: “¿A qué se debía que los enfermos hubieran olvidado tantos hechos del vivenciar externo e interno, y sólo pudieran recordarlos cuando se les aplicaba la técnica descrita?” (Freud, 1925 [1924], p. 28). Surge, así, la “doctrina de la represión” (p. 29). Se explica a la misma del siguiente modo: en nuestra vida anímica, emerge una moción pulsional que es contrariada por otras, dando origen a un “conflicto psíquico” en el cual dicha moción es desalojada de la conciencia (reprimida) y sus caminos, bloqueados a la motilidad. No obstante, lo reprimido, que ha pasado a ser inconsciente, puede “procurarse una descarga y una satisfacción sustitutiva por ciertos rodeos, haciendo fracasar de tal suerte el propósito de la represión” (p. 29). En las psiconeurosis, la moción desalojada se manifiesta a partir de los síntomas, satisfacciones sustitutivas “desfiguradas y desviadas de su meta por la resistencia del yo” (p. 29). En palabras de Freud (1925 [1924]): “La doctrina de la represión se convirtió en el pilar fundamental para el entendimiento de las neurosis” (p. 29).

Más adelante, el Psicoanálisis cambia otra vez de método. Deja de lado la imposición de manos y la sugestión y se propone la técnica de asociación libre, según la cual, en vez de exhortarse al paciente a que hable sobre determinado tema, se le pide que exprese libremente todo pensamiento que por su cabeza pase a lo largo de la sesión. La tarea del analista, por su parte, consiste en ejercer una especie de “arte de interpretación” (Freud, 1925 [1924], p. 39) del material aportado por el paciente, a fines de identificar en él aquellas mociones que un día fueron reprimidas.

Finalmente, acerca de Freud, es interesante puntualizar que ha tenido, a lo largo del desarrollo de su obra, diversos discípulos y seguidores. Entre los más importantes, se destacan Alfred Adler, Carl Jung, Wilhelm Fliess, entre otros. Empero, las teorías de muchos de sus colegas acaban por contraponerse a las suyas, lo que lo lleva a múltiples distanciamientos de éstos (Roudinesco y Plon, 1997). Más allá de eso, de cada uno de ellos toma hallazgos que pasaron a constituir parte sustancial de su obra.

A dichos aportes y a su trabajo con las psiconeurosis, se debe agregar una herramienta fundamental en el descubrimiento de las nociones que edificarían la obra de Freud: su autoanálisis, iniciado en 1897 (Laplanche, 1980).

2.2. Las sexualidades para Freud

Debemos a Sigmund Freud dos grandes descubrimientos científicos de fines del siglo XIX y principios del XX: el del Inconsciente y el de la sexualidad infantil. Este último, en conjunto con toda su teorización acerca de la sexualidad humana, han revolucionado el curso de la ciencia y generado una amplia discusión en los más diversos ámbitos por su carácter novedoso y, sobre todo, polémico para la época en que se desarrollaron.

El autor, a diferencia de otros estudiosos contemporáneos a él, rastrea y procura demostrar la existencia de impulsos sexuales en el niño y, en consecuencia, atribuye a la sexualidad infantil características particulares en comparación con la sexualidad adulta (Carril, 2003).

En 1905, Freud da a conocer sus “Tres ensayos de teoría sexual”. En consideración de Strachey (1972), dicha obra es, junto con “La interpretación de los sueños” (1900), uno de los aportes más relevantes del autor a la psicología. Es allí donde expone, por primera vez, la noción de pulsión, la cual él mismo describe como: “la pieza más importante, pero también la más inconclusa, de la teoría psicoanalítica” (Freud, 1905, p.153).

No obstante, el más innovador de sus ensayos es, sin duda, “La sexualidad infantil”. En él, amplía su idea, hacía ya mucho tiempo en gestación, de que la sexualidad no surge con

la pubertad, sino que se manifiesta desde la infancia. Al respecto, enuncia en la cuarta de sus "Cinco conferencias sobre psicoanálisis" (1910 [1909], p. 38):

No, señores míos; ciertamente no ocurre que la pulsión sexual descienda sobre los niños en la pubertad como, según el Evangelio, el Demonio lo hace sobre las marranas. El niño tiene sus pulsiones y quehaceres sexuales desde el comienzo mismo, los trae consigo al mundo, y desde ahí, a través de un significativo desarrollo, rico en etapas, surge la llamada sexualidad normal del adulto.

Asimismo, en el segundo de sus "Tres ensayos sobre teoría sexual" (1905) señala que una descripción más profunda de la pulsión sexual podría develarse con un estudio detallado de la sexualidad infantil.

Lo esencial de las teorías freudianas aparecidas en estos ensayos ya había sido desplegado antes de su publicación. De hecho, el interés de Freud en torno de la sexualidad humana parte de la investigación de las causas sexuales de las psiconeurosis (Strachey, 1972).

Sus primeras ideas, que datan de 1895, se cimientan en las bases neurofisiológicas y químicas de la vida sexual. Más adelante, en una carta a Fliess fechada el 6 de diciembre de 1896, manifiesta su interés en las afirmaciones de éste acerca de la bisexualidad y dice que representan un elemento central en la constitución de la sexualidad. Asimismo, nombra por primera vez las zonas erógenas y vincula la estimulación de éstas en la infancia a las perversiones. Por otra parte, en el "Manuscrito K" (1986), comienza a dar a su teoría una visión más orientada a la psicología al referirse a fuerzas represoras como la vergüenza, la moral y el asco (Strachey, 1972).

En 1897, descubre el Complejo de Edipo en base a su autoanálisis y hace a un lado la teoría de la seducción, fundamentada en que las neurosis se originan en la infancia debido a restos traumáticos vinculados con la seducción sexual adulta hacia el niño. Refleja lo mismo en el famoso pasaje de una comunicación epistolar con Fliess del 21 de setiembre de 1897, en que afirma: "Ya no creo más en mi 'neurótica'" (Freud, 1950 [1892-99], p. 301). De la mano de ello, advierte la existencia de impulsos sexuales en el infante sin la necesidad de un estímulo que provenga del afuera. Aquí su teoría de la sexualidad infantil ya parece completa (Strachey, 1972).

Empero, Freud se demora en darla a conocer y deja transcurrir cinco años sin publicar ningún escrito trascendente. Entretanto, el caso clínico de Dora ya había sido documentado (1901) y en él trabajaba varios planteos acerca de su teoría sexual. Hasta que, finalmente, en 1905 publica, junto con el mencionado caso, los "Tres ensayos de teoría sexual" (Strachey, 1972). A partir de ese momento, pasa a establecer formalmente en la vida sexual

del infante las bases de todo desarrollo sexual humano.

2.3. La pulsión

Para hablar de sexualidad, es necesario explicar primero la noción freudiana de pulsión.

La 'pulsión' nos aparece como un concepto fronterizo entre lo anímico y lo somático, como un representante psíquico de los estímulos que provienen del interior del cuerpo y alcanzan el alma, como una medida de exigencia de trabajo que es impuesta a lo anímico. (Freud, 1915, p. 117)

Se contrapone al estímulo, dado que éste es producido por excitaciones provenientes del exterior. Las pulsiones “en sí no poseen cualidad alguna, sino que han de considerarse sólo como una medida de exigencia de trabajo para la vida anímica” (Freud, 1905, p. 153).

En base a lo planteado por Freud, Laplanche y Pontalis (2004, p. 324) definen a la pulsión como el “proceso dinámico consistente en un empuje (carga energética, factor de motilidad) que hace tender al organismo hacia un fin. (...) Una pulsión tiene su fuente en una excitación corporal (estado de tensión); su fin es suprimir el estado de tensión”.

Esta supresión de dicho estado guarda relación con un principio que regula al aparato psíquico: el de constancia. Éste se fundamenta en que nuestro psiquismo procura mantener el monto de excitación presente en él lo más bajo o constante posible. Para ello, tiende a dispensar la energía ya contenida y librarse de cualquier estímulo que pueda llevar a un incremento de la excitación y, por lo tanto, del gasto de energía que conlleva dar respuesta a éste (Laplanche y Pontalis, 2004).

Por otra parte, Freud diferencia a las pulsiones del agente psíquico de las mismas (Strachey, 1972), y establece que ellas no pueden acceder jamás a la conciencia. En el plano inconsciente, lo que aparece de las pulsiones es “la representación que es su representante” (Freud, 1915, p. 173). En sus palabras:

Ahora bien, tampoco en el interior de lo inconsciente [la pulsión] puede estar representada si no es por la representación. Si la pulsión no se adhiriera a una representación ni saliera a la luz como un estado afectivo, nada podríamos saber de ella. (...) No podemos aludir sino a una moción pulsional cuya agencia representante-representación es inconsciente, pues otra cosa no entra en cuenta. (Freud, 1915, p. 173)

Por su parte, una agencia representante de pulsión es “una representación o grupo de representaciones investidas desde la pulsión con un determinado monto de energía psíquica (libido, interés)” (Freud, 1915, p. 147). Acerca de dicha agencia representante, Freud (1915) enuncia que se descompone en dos elementos: por un lado, la representación

antes mencionada y, por el otro, un factor cuantitativo llamado “monto (o *quantum*) de afecto”. El mismo “corresponde a la pulsión en la medida en que ésta se ha separado de la representación y encuentra una expresión adecuada a su magnitud en los procesos que percibimos como afectos” (Freud, 1915, p. 147).

La pulsión es, entonces, una fuerza constante que proviene del cuerpo, de la cual tomamos conocimiento gracias al estado afectivo que la misma produce. Para su mejor comprensión, Freud (1915) da cuenta de cuatro términos “que se usan en conexión con el concepto” (Freud, 1915, p. 117): esfuerzo, meta, objeto y fuente.

El esfuerzo de una pulsión es la cantidad de fuerza de trabajo motor que la misma reclama. La meta es la satisfacción a la que se llega únicamente por la cancelación del estímulo pulsional, que, a pesar de ser, al final, siempre la misma, los modos de acceso a ella son variables. Por ende, hay una serie de metas intermediarias que pueden acoplarse entre sí o alternarse, y pulsiones “de meta inhibida”, en procesos en que se recorre parte del camino hacia la satisfacción, pero luego se desvían o inhiben. El objeto de la pulsión es el medio por el que se alcanza la meta; se caracteriza como contingente, pues puede provenir tanto del exterior como del cuerpo propio. Es así que la pulsión puede cambiar de vía innumeradas veces en el curso vital, e incluso un único objeto puede servir para satisfacer diversas pulsiones. También en relación al objeto, puede producirse una fijación de la pulsión cuando ésta se enlaza profundamente con él. Por último, la fuente es “aquel proceso somático, interior a un órgano o a una parte del cuerpo, cuyo estímulo es representado en la vida anímica por la pulsión” (Freud 1915, p. 118). La fuente de pulsión es fundamental a nivel somático, mientras que a nivel psíquico lo que da a conocer a la pulsión es su meta.

A propósito de las pulsiones, puede decirse, asimismo, que Freud (1915) distingue, en un principio, dos grupos: por una parte, las pulsiones yoicas o de autoconservación y, por otra, las pulsiones sexuales. Por pulsiones de autoconservación, llama a las necesidades provenientes de las funciones corporales imprescindibles para la subsistencia del individuo (Laplanche y Pontalis, 2004). Mientras tanto, las pulsiones sexuales son aquellas que tienen como meta, en la infancia, el placer de órgano y, a partir de la pubertad, se sintetizan a fines de servir a la reproducción de la especie (Freud, 1915).

Es entonces que surge la siguiente pregunta: ¿a qué se refiere Freud cuando habla de placer de órgano, noción trabajada por él en diversos momentos a lo largo de su obra? Según Laplanche (1980), se trata de un concepto que determina el motivo por el cual se habla, en Psicoanálisis, de una sexualidad que se manifiesta desde la infancia. El placer de órgano es aquél que, a diferencia del placer de función (el cual es marcado por el instinto y

se presenta a causa de la satisfacción de una necesidad para la subsistencia del individuo), “no tiene valor funcional alguno, (...) carece de significación vital” (p. 124). Un ejemplo de esta diferenciación es el de la alimentación. En dicha actividad, el placer generado por la entrada del alimento sería un placer de función, mientras el chupeteo (que será explicado más adelante) no guarda relación alguna con la impulsión del hambre, generando, por ende, un placer de órgano.

Se puede decir, entonces, que, en Psicoanálisis, se habla sobre una sexualidad infantil puesto que en la niñez el sujeto busca un placer que no tiene que ver con la satisfacción de sus necesidades vitales. No obstante, ese es sólo uno de los puntos que llevan a la idea freudiana de una práctica sexual temprana. Otro argumento de Freud para explicar ésto son los espasmos y el adormecimiento generados por el chupeteo, sensaciones que se asimilan al orgasmo experimentado luego del coito en la sexualidad adulta. La voluptuosidad de esta actividad, así como la de otras prácticas autoeróticas son, para el autor, una prueba de que nos encontramos ante manifestaciones de índole sexual (Laplanche, 1980).

Retomando lo antedicho, se puede mencionar que, en una primera etapa del desarrollo de la sexualidad, las pulsiones sexuales se apuntalan en las pulsiones de autoconservación (Freud, 1905). La energía sexual que se sustrae a las transformaciones de las primeras pulsiones mencionadas, siguiendo un recorrido desde su meta hasta su fuente por medio del objeto, es llamada libido (Laplanche y Pontalis, 2004).

Más adelante, Freud (1915) señala que, en el hallazgo del objeto característico de la pubertad, al igual que en los inicios del desarrollo de la sexualidad, las pulsiones sexuales “siguen los caminos que les indican las pulsiones yoicas” (p. 121). De hecho, parte de este vínculo entre los dos tipos de pulsiones persiste a lo largo de la vida. Es entonces que las primeras otorgan a las segundas

componentes libidinosos que pasan fácilmente inadvertidos durante la función normal y sólo salen a la luz cuando sobreviene la enfermedad [neurosis]. Se singularizan por el hecho de que en gran medida hacen un papel vicario unas respecto de otras y pueden intercambiar con facilidad sus objetos (cambios de vía). (Freud, 1915, p. 121)

Finalmente, en 1920, divide a las pulsiones, no ya de acuerdo a la clasificación mencionada, sino en lo que llama pulsiones de vida y de muerte. Bajo el nombre de “pulsiones de vida” (*Eros*), Freud (1920) agrupa a las pulsiones sexuales y a las yoicas. Las mismas tienden a aglutinarse y fomentar todo lo vinculado con la vida propiamente dicha, es decir, a conservar la unidad y la subsistencia del organismo vivo (Laplanche y Pontalis, 2004). Entretanto, las “pulsiones de muerte” (*Thanatos*) son aquellas que tienden a la desagregación del individuo, a lo inorgánico. En el presente trabajo, no se abordará en

profundidad esta segunda teoría.

Con su clasificación de las pulsiones, se puede observar en Freud un posicionamiento dualista respecto de la sexualidad. Mientras, en un primer momento, las pulsiones sexuales se contraponen a las yoicas, más adelante, *Eros* se opone a *Thanatos*. De hecho, fue ésta su respuesta ante las críticas que apuntaban que, en su teoría, todo refería a lo sexual (Laplanche, 1980).

Por otra parte, acerca de lo expuesto previamente sobre la pulsión, se puede mencionar que la misma representa un concepto freudiano por entero novedoso para la ciencia de su época. Mientras lo que se consideraba en ese contexto era a la sexualidad como algo derivado del instinto sexual, instinto éste que, a su vez, surgiría con la llegada de la pubertad, Freud propone una noción que diverge de ésta.

Las consideraciones clásicas en torno del instinto se basaban en la idea de un comportamiento cuya finalidad estaba predeterminada, con un objeto y un objetivo propios (Zornig, 2008). Mientras tanto, la pulsión sexual (supeditada, en un principio, a las funciones necesarias para la subsistencia del individuo) se manifiesta en el ser humano desde los inicios de su existencia y su objeto es contingente. Es así que el sujeto realiza su búsqueda de satisfacción por medio de diversos caminos, los cuales se basan en su historia personal, al mismo tiempo que van más allá de sus requerimientos fisiológicos (Zornig, 2008).

La teoría de Freud sobre las pulsiones es en extremo compleja y, como él mismo señala, en un pasaje citado en el apartado anterior, dista de ser completa.

2.4. Características de la sexualidad infantil

En líneas generales acerca de la sexualidad, Freud señala que “la actividad del aparato psíquico (...) está sometida al principio de placer, es decir, es regulada de manera automática por sensaciones de la serie placer-displacer” (1915, p. 116). Ambas sensaciones revelan la manera en que se dominan los estímulos (tanto aquellos provenientes del afuera, como los internos - las pulsiones -) siguiendo el principio de constancia: el sentimiento de placer guarda relación con una disminución, y el de displacer, con un aumento del estímulo.

Los mencionados principios corresponden a la teoría económica de Freud. En relación a ésta, cabe mencionar que es abandonada, aunque no totalmente, con sus nuevos planteos acerca del aparato psíquico. La primera tópica, que remite a la organización del psiquismo en tres sistemas (inconsciente, preconscious y consciente), da paso a una segunda tópica en 1923, de acuerdo a la cual el aparato psíquico funciona a partir de tres instancias (yo, ello y superyó). En la transición hacia la nueva tópica, publica su escrito “Más allá del

principio de placer” (1920). En él, concede más acento “al aspecto esencialmente cualitativo del placer” que al cuantitativo (Laplanche y Pontalis, 2004, p. 297).

Con el advenimiento de la segunda tópica, el displacer y el placer dejan de ser considerados en función del aumento o la disminución de tensiones que percibe el sujeto, dado que se constata que “existen tensiones placenteras” (Laplanche y Pontalis, 2004, p. 297).

No obstante, Laplanche y Pontalis (2004, p. 297) destacan que:

A pesar de las dificultades existentes en encontrar equivalentes cuantitativos exactos a los estados cualitativos que son el placer y el displacer, es evidente el interés que tiene, para la teoría psicoanalítica, una interpretación económica de estos estados; permite enunciar un principio válido tanto para las instancias inconscientes de la personalidad como para sus aspectos conscientes.

Retomando lo que respecta a la sexualidad infantil, es sabido que Freud (1905) atribuye a ésta rasgos propios que divergen de los de la sexualidad adulta normal. La vida sexual del niño es perversa, autoerótica y polimorfa. Perversa, porque las mociones sexuales del infante parten desde las zonas erógenas y se sustentan en pulsiones que, por el curso del desarrollo del sujeto, generarían un gran displacer (las de autoconservación), siendo, por ello, que motivan, progresivamente, el surgimiento de fuerzas psíquicas opuestas que cimientan los denominados “diques anímicos” con el fin de dominar dicho displacer: la vergüenza, el asco y la moral; autoerótica, porque los objetos de las pulsiones sexuales son allí partes del cuerpo propio; y polimorfa, pues su desarrollo consiste en una serie de fases en las que prima una zona erógena.

Una zona erógena es “un sector de la piel o de mucosa en el que estimulaciones de cierta clase provocan una sensación placentera de determinada cualidad” (Freud, 1905, p. 166). Existen zonas erógenas predeterminadas, como la boca, el ano, el pene, entre otras; en cambio, todos los sectores del cuerpo y los órganos internos poseen la propiedad de erogeneidad. Ahora bien, ¿a qué se debe esa predeterminación? Laplanche (1980) responde ésto afirmando que, por un lado, hay un factor innato que dispone la excitabilidad de esas regiones del cuerpo. A la vez, se trata de “zonas orificiales” (p. 126) (esto es, que a través de ellas se la entrada y salida de alimentos, excrementos, etc.) en las que se que concentran los cuidados que el adulto ofrece al niño. Finalmente, son regiones relacionadas con funciones vitales, lo que causa su excitación en el momento de practicarse dichas funciones.

Asimismo, las pulsiones sexuales infantiles son parciales. Las mismas buscan el placer cada una por sí sola, completamente desligadas unas de otras. El desarrollo sexual infantil

culmina con la vida sexual normal del adulto, momento en que el placer pasa a servir a la función de reproducción. Para ello, las pulsiones parciales deben dirigirse hacia una única zona erógena, que prima a partir de la pubertad: la genital. Así se procede a buscar el logro de la meta sexual no ya en el cuerpo propio, sino en un objeto ajeno (Freud, 1905).

De lo planteado, parece importante resaltar que Freud y su teoría psicoanalítica se ocupan de una sexualidad que va más allá de la determinada por la biología. Para el autor, la sexualidad se manifiesta desde el principio de la vida y “es la clave última para interpretar al psiquismo y a la subjetividad masculina y femenina” (Carril, 2003, p. 3). Lo novedoso – y, al mismo tiempo, revolucionario – en el enfoque freudiano es que la sexualidad no se homologa como, hasta entonces, a la genitalidad, sino que, con su concepción de una disposición perverso-polimorfa, se establece que es necesario recorrer un largo trayecto, cuyas fases están predeterminadas, hacia la configuración de una vida sexual adulta. El mismo sufre diversas inflexiones en el recorrido personal de cada sujeto, siendo dichas inflexiones las que marcan las futuras prácticas sexuales y las que pueden llevar, a su vez, al advenimiento de los síntomas de cuyo tratamiento el Psicoanálisis se ocupa.

Se habla, entonces, de un “desarrollo psicosexual”, llamado, asimismo, “desarrollo libidinal” o “evolución de la libido”. En el presente trabajo, se emplea, fundamentalmente, la primera nomenclatura, puesto que la palabra “psicosexual” alude no solamente al recorrido que tiene como producto “la orientación del deseo sexual” (Carril, 2003, p. 6), sino al que, igualmente, determina la formación del psiquismo humano. Ésto no quita que se utilice, en algunos momentos, las otras dos expresiones que describen a ese camino.

Por otra parte, es interesante precisar que los descubrimientos psicoanalíticos acerca de la sexualidad infantil no son fruto de una observación directa por parte de Freud del comportamiento de niños; de esta última son pocos los casos que se pueden citar. Entre ellos, en “Más allá del principio de placer” (1920), el de su nieto (cuando el autor describe un juego practicado por éste: el “fort – da”) y el análisis del pequeño Hans (1909), supervisado por él y llevado a cabo por el padre de ese niño (Castellanos Urrego, 2015). De lo contrario, como se ha señalado, su investigación parte de su trabajo con pacientes adultos.

2.4.1. El psiquismo primitivo.

Se puede decir, en relación a lo que remite en particular a la sexualidad infantil y en concordancia con los modelos freudianos de aparato psíquico, que, en una fase temprana del desarrollo, el sujeto (no todavía el “yo” instancia) es todo principio de placer; aún no tiene acceso a la realidad (Freud, 1911).

El bebé no tiene la necesidad de investir el mundo exterior (Freud, 1915). Lo mismo se explica en base a que el yo no es una totalidad en sus inicios, sino que se va desarrollando en el curso de la vida del individuo (Nasio, 1996). La sexualidad infantil comienza en “una fase temprana del desarrollo del yo” (Freud, 1915, p. 126), el que, en sus orígenes, está “investido por pulsiones {*triebbesetzt*}, y es en parte capaz de satisfacer sus pulsiones en sí mismo” (Freud, 1915, p. 129). Ese momento inicial del yo es denominado por Freud “narcisismo primario”, mientras que la vía para su satisfacción es el ya mencionado autoerotismo.

Al nacer, el individuo es pensado como algo casi inerte, que no distingue aún el sujeto (yo) del objeto (no-yo), sino simplemente recibe algunos estímulos del afuera. Sin embargo, muy pronto pasa a diferenciar el mundo interior del exterior. Logra esto “según una buena marca objetiva” (Freud, 1915, p. 130), marca ésta que, en consideraciones de Laplanche y Pontalis (2004, p. 473) tiene que ver con que, en un primer momento, se vinculan “con el sujeto las sensaciones de placer y de displacer, sin hacer de ellas cualidades del mundo exterior que en sí es indiferente”. El yo (cabe resaltar que el “yo” al que se alude es el “yo sujeto” y no el “yo instancia”) característico de esta primera etapa es llamado “yo-realidad inicial”. Aquí, lo proveniente del propio individuo corresponde a lo placentero, mientras que lo que procede del afuera, a lo falto de interés (Freud, 1915).

Como se ha mencionado, al ser autoerótico y narcisista, el yo no debe investir el afuera. No obstante, del mundo exterior recibe objetos a partir de las vivencias procedentes de las pulsiones yoicas. Es entonces que la tensión experimentada en su interior a causa de sus necesidades vitales le ocasiona, por un período determinado, una sensación de displacer. En cambio, al percibir que la satisfacción de las pulsiones de autoconservación es proveedora de placer, el yo pasa a introyectar a los objetos, al mismo tiempo que libera de sí (proyecta al afuera) aquello que en su interior le resulta displacentero (Freud, 1915).

El placer, para el yo, comienza a ser su objetivo primordial, de modo que se posiciona en lo que Freud (1915) llama “yo-placer purificado”. En sus palabras:

El mundo exterior se le descompone en una parte de placer que él se ha incorporado y un resto que le es ajeno. Y del yo propio ha segregado un componente que arroja al mundo exterior y siente como hostil. Después de este reordenamiento, ha quedado restablecida la coincidencia de las dos polaridades:

Yo-sujeto {coincide} con placer.

Mundo exterior {coincide} con displacer (desde una indiferencia anterior). (Freud, 1915, p. 131)

Tanto el “yo-realidad inicial” como el “yo-placer purificado” surgen bajo el imperio del

principio de placer. Empero, más adelante, en lo que sería un tercer tiempo de desarrollo del yo, se establecerá un “yo-realidad definitivo”, esta vez, sometido al principio de realidad (Freud, 1911). Este último, “en la medida en que logra imponerse como principio regulador, la búsqueda de la satisfacción ya no se efectúa por los caminos más cortos, sino mediante rodeos, y aplaza su resultado en función de las condiciones impuestas por el mundo exterior” (Laplanche y Pontalis, 2004, p. 299).

Al “yo-realidad definitivo” ya no interesa si lo percibido debe ser albergado en el mundo interno del individuo o arrojado a su exterior, “sino (...) si algo presente como representación dentro del yo puede ser reencontrado también en la percepción (realidad)” (Freud, 1925, p. 255). Por ende, lo que el yo considera ahora, en palabras de Freud (1925, p. 255), es que

lo no real, lo meramente representado, lo subjetivo, es sólo interior; lo otro, lo real, está presente también ahí afuera. (...) La experiencia ha enseñado que no sólo es importante que una cosa del mundo (objeto de satisfacción) posea la propiedad ‘buena’, y por tanto merezca ser acogida en el yo, sino también que se encuentre ahí, en el mundo exterior, de modo que uno pueda apoderarse de ella si lo necesita.

Cabe señalar que se toma aquí el mencionado tercer momento de la evolución del yo con fines únicamente explicativos. No obstante, el “yo-realidad definitivo” no es característico de la sexualidad infantil, sino del “relevo del principio de placer por el principio de realidad” (Freud, 1911, p. 227) que se da definitivamente en el sujeto normal luego de transcurrido el período de latencia, es decir, a partir de la pubertad, fase del desarrollo psicosexual que sólo se trabajará en un apartado próximo. Mientras tanto, se retomará, entonces, la noción de narcisismo, tan importante para comprender la temática que interesa abordar en el presente trabajo.

Es así que se puede decir que el narcisismo constituye una fase normal de la “evolución de la libido” (Freud, 1911, en: Nasio, 1996, p. 64), que alude al hecho de que, en sus inicios, el individuo es su propio objeto de amor. Dicha noción refiere, pues, al “complemento libidinoso del egoísmo inherente a la pulsión de autoconservación, de la que justificadamente se atribuye una dosis a todo ser vivo” (Freud, 1915, p. 72).

Se trata de un concepto complejo que Freud divide en dos fases: el narcisismo primario - momento en el cual el yo no está aún formado completamente - y otro denominado secundario (Nasio, 1996).

Freud enfatiza el rol de los padres en el desarrollo del narcisismo primario (Nasio, 1996). Lo que prevalece en el lazo afectivo entre los progenitores y sus hijos es una sobreestimación del objeto que es el “renacimiento”, la “reproducción” (Freud, 1914, p. 87) de su propio narcisismo. Lo mismo se ve reflejado en el hecho de que, en dicho vínculo,

predomina una idealización y una negación de todos los defectos, a la vez que una depositación de todas las aspiraciones que tuvieron en el transcurso de sus propias vidas y cuyas exigencias debieron abandonar, de los primeros por los últimos. El niño (“His Majesty the Baby”), por ende, “debe tener mejor suerte que sus padres, no debe estar sometido a esas necesidades objetivas cuyo imperio en la vida hubo de reconocerse. (...) Debe cumplir los sueños, los irrealizados deseos de sus padres” (p. 88).

Acerca del narcisismo primario, se puede mencionar, por otra parte, que es un “estado inicial” que transcurre en una fase en que el yo aún no se distingue del ello, es decir que la libido “está presente en el yo-ello todavía indiferenciado” (Freud, 1940 [1938], p. 147).

Mientras tanto, “el narcisismo del yo [instancia] es un narcisismo secundario, sustraído de los objetos” (Freud, 1923, p. 252). Para que éste se origine, es necesario, primeramente, que el ello (en donde toda la libido era almacenada) invista a algunos objetos y, luego, que la libido conducida a dichos objetos sea tomada por el yo, el cual busca “imponerse al ello como objeto de amor” (Freud, 1923, p. 47). En otras palabras: las pulsiones sexuales, supeditadas, en un principio, a las de autoconservación, son conducidas hacia la investidura de un objeto. El yo en proceso de formación, o bien se somete a dicha investidura, o bien se defiende de ella por medio de la represión. En este último caso, la libido depositada en el objeto se vuelve hacia el yo, tomándolo como objeto.

En la transmutación de la libido de objeto en libido yoica (o narcisista), se dice que el objeto es resignado por medio de su introyección en el yo. Dicha introyección, que constituye una regresión al estadio oral del desarrollo libidinal (el que se explicará en el próximo apartado y, durante el cual la meta de la pulsión es incorporar al objeto), es conocida como “identificación” y “es la forma primera, y la más originaria, del lazo afectivo” (Freud, 1921, p. 100). Consiste, en otras palabras, en la adquisición por parte del yo de atributos del objeto al que se había investido. La identificación es descrita por Freud (1923, p. 32), asimismo, como la “trasposición de una elección erótica de objeto en una alteración del yo”.

El autor señala, por otra parte, que la instancia psíquica llamada “yo” se conforma a partir de las investiduras de objeto del ello a las que se renunció, es decir, de las identificaciones. En sus palabras: “el carácter del yo es una sedimentación de las investiduras de objeto resignadas, contiene la historia de estas elecciones de objeto” (Freud, 1923, p. 31). Es así que el yo es el resultante de ciertos rasgos tomados de los objetos e inscriptos de manera inconsciente. Para mejor explicar lo mismo, Nasio (1996) toma como metáfora del yo una cebolla cuyas capas representarían una serie de identificaciones con un “otro”.

Retomando lo que respecta al narcisismo secundario, éste es definido “como el

invertimiento libidinal (sexual) de la imagen del yo, estando esta imagen constituida por las identificaciones del yo a las imágenes de los objetos” (Nasio, 1996, p. 71).

La transición de un narcisismo al otro ocurre en concomitancia con el “complejo de castración” (que se aclarará, en este trabajo, más adelante), a partir del cual el sujeto se reconoce como incompleto. El infante va, poco a poco, entendiendo que su madre tiene otros intereses en el mundo exterior además de él mismo, es decir, que “ella también desea fuera de él y que él no es todo para ella” (Nasio, 1996, p. 67). Ésto genera una herida narcisista en el individuo, que lo lleva a una búsqueda permanente por el reencuentro con su narcisismo primario, y, para ello, quien ya no puede ser más su propio objeto de amor, procura ahora ser amado por el otro, “complacerlo para reconquistar su amor” (p. 67). Lo último sólo puede llevarse a cabo en base a las exigencias de un ideal proveniente del afuera al que el niño se confronta y a partir del cual debe considerarse a sí mismo (“ideal del yo”) (Nasio, 1996).

Acerca de dicho ideal, Freud (1921) señala que se origina a partir de las exigencias del mundo exterior hacia el sujeto y con las cuales éste no siempre puede cumplir. Las mismas parten, en primer lugar, de las críticas provenientes de sus progenitores, a las que luego se añaden juicios de maestros, educadores y, en general, de “todas las otras personas del medio (los prójimos, la opinión pública)” (Freud, 1914, p. 92). Es entonces que, en aquellos momentos en que el individuo no encuentra la satisfacción en sí mismo, puede hallarla en su ideal del yo (Freud, 1921).

El desarrollo del yo es, de hecho, un distanciamiento del narcisismo primario, con el que, por otra parte (como ya se mencionó), el sujeto anhela fervientemente reencontrarse. Es por ello, para poseer nuevamente la perfección y el amor de ese primer estadio, que el yo “pasará por la mediación del ideal del yo” (Nasio, 1996, p. 67), esto es, que buscará colmar las exigencias de ese ideal.

Lo que se pierde con el narcisismo primario es, según Nasio (1996), “la inmediatez del amor”. Hasta ese entonces, “el otro era uno mismo, ahora uno sólo se puede experimentar a través del otro” (p. 67).

En base a lo planteado, se puede afirmar que en la sexualidad infantil no sólo se asientan las bases para la conformación de una sexualidad adulta, sino que ésta, al mismo tiempo, es determinante de la constitución de la estructura psíquica del individuo. Teniendo ésto en cuenta, las fases del desarrollo libidinal descritas por Freud deben ser pensadas, más allá de como “privilegiadoras de zonas erógenas del cuerpo en un momento determinado del desarrollo global del niño” (Zornig, 2008, p. 75), como un proceso mediante el cual se realizan inscripciones en el psiquismo del infante a partir de su relación con sus

padres. Se necesita de éstos para dar al niño una dimensión subjetiva, de modo que él logre reconocerse a sí mismo como un individuo importante para el otro. Con el narcisismo, entonces, se reconoce y ama un cuerpo que, en la infancia, fue erotizado por un otro.

2.4.2. Las fases de la evolución sexual.

La primera fase del desarrollo psicosexual es la llamada oral o canibática y tiene sus orígenes en el período de lactancia. En ese inicio, la zona erógena rectora son los labios, que, en el acto de mamar, son estimulados por el pasaje de la leche, lo que genera una sensación de placer en el niño (Freud, 1905).

Durante el período de lactancia, el sujeto aprende a amar a aquellos que lo cuidan y satisfacen sus necesidades. El vínculo con ellos no es, al contrario de lo que se puede pensar, de carácter asexual, sino que la persona que cuida al niño representa para él una fuente de excitación sexual por medio de las zonas erógenas (Freud, 1905).

La satisfacción sexual está, en sus inicios, ligada a la nutrición. Dado que las pulsiones sexuales se apuntalan (o apoyan) en las de autoconservación, el objeto que sacia la necesidad de alimento del sujeto es el mismo que el de la actividad sexual (Freud, 1905). A éste se llega a partir de una tensión que el bebé siente como displacentera y da paso a una necesidad que genera una descarga motriz desencadenada “por la propia tensión” (de la Cruz, 2003, p. 1). Dicha descarga de energía se traduce en el llanto, que se hace escuchar por la madre (o por quien se haga cargo de los cuidados del niño) y la lleva a otorgarle un significado. En ese momento, el displacer es calmado por la entrada de alimento, que, “junto con la presencia materna” (de la Cruz, 2003, p. 1), marcan una huella mnémica en el aparato psíquico como lo que satisfizo su exigencia. Esa experiencia del lactante es llamada por Freud (1900, p. 557) “vivencia de satisfacción”. Desde entonces, la madre, proveedora de cuidados y alimento, se establece como objeto de placer del bebé (de la Cruz, 2003). Su imagen “adquiere (...) un valor electivo en la constitución del deseo del sujeto y puede ser evocada en ausencia del objeto real (satisfacción alucinatoria del deseo)” (Laplanche y Pontalis, 2004, p. 133), gracias a la huella mnémica mencionada anteriormente.

El acto de mamar es el más importante en la vida del bebé en este período y constituye el punto desde el cual parte la vida sexual. Se torna un paradigma para toda relación de amor, “el modelo inalcanzado de toda satisfacción sexual posterior” (Freud, 1917 [1916-17], p. 287) al que la fantasía suele remitir en situaciones de urgencia. El primer objeto de la pulsión sexual es el pecho materno. El mismo es investido en el narcisismo sin que el sujeto tenga aún conciencia de dicha investidura. Entretanto, la meta de las pulsiones sexuales del

infante “consiste en la incorporación del objeto, el paradigma de lo que más tarde, en calidad de identificación, desempeñará un papel psíquico tan importante” (Freud, 1905, p. 180).

El encuentro con ese primer objeto, como ya se mencionó, es de vital importancia para toda elección objetual posterior. Empero, el pecho materno se abandona como objeto en el acto del chupeteo, debido a que, en el bebé, tras la experiencia de satisfacción, comienza a suscitarse una necesidad de volver a sentir el placer que la misma le ha generado. En esa procura, el niño deja de valerse de un objeto ajeno para chupar (el pecho materno) “a cambio de uno situado en el cuerpo propio” (Freud, 1905, p. 180), puesto que, de ese modo, su obtención de placer se aleja del mundo exterior al cual todavía no puede controlar. El chupeteo “consiste en un contacto de succión con la boca (los labios [zona erógena rectora en la fase oral]), repetido rítmicamente, que no tiene por fin la nutrición” (p. 163) y se encuentra al servicio de una ganancia de placer sexual, que primero se vivencia a partir de la recepción de la leche materna y, a continuación, se separa de esa condición. Es, con dicho acto, que la pulsión sexual se convierte en autoerótica (Freud, 1917 [1916-17]).

Sobre la ausencia de objeto (anobjetalidad) que caracteriza al autoerotismo, indica Laplanche (1980, p. 122) que “es correlativa a la presencia de equivalentes simbólicos y a la presencia de fantasías”. Con el autoerotismo, se abandona al objeto en concomitancia con un “vuelco hacia uno mismo y hacia la fantasía” (p. 131). Las prácticas sexuales infantiles son, por lo tanto, acompañadas de una actividad fantaseadora que puede ser tanto consciente como inconsciente. Un ejemplo de ello es la evocación de la vivencia de satisfacción en el chupeteo expuesta recientemente.

De lo planteado por Freud sobre la fase oral, se desprende la importancia de la lactancia en el desarrollo temprano del individuo. Empero, hay madres que, por distintas razones, no pueden amamantar a sus hijos, así como hogares en los que quien se encarga de la alimentación del niño es un hombre (por ejemplo: familias mono u homoparentales), lo que lleva a que la lactancia del bebé sea artificial. En esos casos, ¿se ve la criatura afectada al no gozar de un contacto como el descrito previamente con el pecho materno? Al respecto, enuncia Winnicott (1954) que, a pesar de las ventajas que tiene la lactancia natural (al establecerse, con ella, un contacto directo entre la mamá y el bebé), el uso de una mamadera permite, igualmente, “llevar a cabo la mayor parte de este temprano establecimiento de una relación humana” (p. 1028).

A continuación, se establece la segunda fase del desarrollo sexual infantil, a partir de la cual el niño pasa a recibir placer por medio de las funciones excretoras: la micción y la defecación. Ambas actividades son organizadas, posteriormente, por el bebé de modo de

obtener el mayor incremento de placer factible a partir de “excitaciones de las zonas erógenas de la mucosa” (Freud, 1917 [1916-17], p. 287).

En esta fase, llamada por Freud (1917 [1916-17]) sádico-anal, el infante no siente ningún tipo de asco hacia sus heces; por el contrario, las vislumbra como partes de su propio cuerpo de las que le cuesta desprenderse. Asimismo, la utiliza como un “regalo” a sus seres queridos. Por otra parte, la micción es vivida, también, por el niño como placentera.

A lo largo de este período, el sujeto se enfrenta por vez primera a las amenazas del exterior, dado que éste adquiere un carácter inhibitor, adverso a sus anhelos de placer. Lo mismo le lleva a entrever las futuras pugnas internas y externas que sobrevendrán más adelante (Freud, 1917 [1916-17]).

El infante no puede liberar sus deposiciones cada vez que sienta ganas, sino cuando otros lo dispongan. Para que renuncie a dichas “fuentes de placer”, se le expresa que todo lo vinculado con las funciones excretoras es indecente y debe guardar reserva a respecto de ellas. Por ende, en esta etapa, el individuo debe, por primera vez, renunciar a ciertos mandatos sociales a cambio de su placer (Freud, 1917 [1916-17], p. 287).

Transcurrida esta fase, se da inicio a otra, llamada fálica. Los órganos que despiertan particular atención del niño aquí son los genitales masculinos. De igual forma, es en este período, en torno al tercer año de vida, que comienza la investigación sexual infantil.

En un primer momento, el niño no distingue con claridad la diferencia anatómica entre los sexos, por lo cual el varón suele atribuir tanto al hombre como a la mujer la presencia de un pene (Freud, 1917 [1916-17]). De hecho, considera que todos los seres vivos poseen un miembro igual al suyo (Freud, 1923).

Sin embargo, más adelante, no puede sino descubrir en una niña (ya sea su hermanita o su compañera de juegos) la existencia de genitales distintos a los suyos. Lo mismo lo lleva a desmentirse a sí mismo dicha constatación, asumiendo, muchas veces, que lo que vio fue un pene pequeño que no tardará en crecer. Otra de sus creencias puede ser la de que sólo personas despreciables del sexo femenino carecen de pene, personas éstas que una vez lo poseyeron, pero luego fueron castigadas con una extirpación del miembro por estimularlo demasiado (Freud, 1923). Ésto lo lleva a sentir el temor incipiente de que su propio miembro sea también castrado, dada la gran importancia que le otorga y el ardor con que se ocupa de él. Ese temor coincide, muchas veces, con amenazas que el muchacho recibió por parte de los adultos que se encargan de sus cuidados de que, si continuaba estimulando su pene con tanto ahínco, éste le sería quitado (Freud, 1917 [1916-17]).

En la niña, entretanto, el clítoris cumple la misma función que el pene; al poseer la particularidad de excitabilidad, se llega a través de él a la “satisfacción autoerótica” (Freud,

1917 [1916-17], p. 290). La pequeña, al igual que el varón, parece no tener idea de la existencia de la vagina (Freud, 1933 [1932]), mostrándose tan orgullosa de su clítoris como el niño de su pene. En su caso, al observar en el sexo opuesto la presencia de un miembro mayor al suyo, siente envidia hacia el varón, al mismo tiempo que asume que ha sido castrada (Nasio, 1996). Al no tener pene, se cree gravemente afectada, surgiendo en ella un deseo de ser del sexo masculino (Freud, 1917 [1916-17]).

Por ende, se puede decir que, ante la constatación de la diferencia anatómica entre los sexos, el niño siente una angustia frente a la amenaza de ser castrado, mientras que la niña presenta un deseo de tener aquello que no posee, que le fue quitado (Nasio, 1996). Ese último fenómeno es llamado por Freud (1933 [1932]) “envidia del pene”.

Por otra parte, es importante explicitar que ambas reacciones ocurridas en la vida de los infantes descritas aquí, tanto ante la falta o la amenaza de la falta del órgano peniano, tienen que ver con lo que Freud (1908) llama “complejo de castración”. Lo que ocurre en esta fase es, como ya se dijo, que ni la niña ni el varón pueden entender, aún, la diferencia anatómica entre los sexos. Al respecto, enuncia Freud (1923, p. 146):

Hoy ya no me declararía satisfecho con la tesis de que el primado de los genitales no se consuma en la primera infancia, o lo hace sólo de manera muy incompleta. La aproximación de la vida sexual infantil a la del adulto llega mucho más allá, y no se circunscribe a la emergencia de una elección de objeto. Si bien no se alcanza una verdadera unificación de las pulsiones parciales bajo el primado de los genitales, en el apogeo del proceso de desarrollo de la sexualidad infantil el interés por los genitales y el quehacer genital cobran una significatividad dominante. (...) Reside en que, para ambos sexos, sólo desempeña un papel un genital, el masculino. Por lo tanto, no hay un primado genital, sino un primado del falo.

En la fase fálica ocurre, por otro lado, un fenómeno descrito por Freud (1924, p. 181) como “central del período sexual de la primera infancia”: el complejo de Edipo. Para explicarlo, nos parece necesario retomar, en primer lugar, algunas conceptualizaciones acerca de la fase oral en lo que respecta al “campo del hallazgo de objeto” (Freud, 1931, p. 230).

Como ya se mencionó, en dicho estadio de la evolución de la libido, a partir de la lactancia, la madre pasa a constituir, tanto para la niña como para el varón, el primer objeto sexual. En palabras de Freud (1931, p. 230): “es que las condiciones primordiales de la elección de objeto son idénticas para todos los niños”.

En las fases del desarrollo libidinal anteriores al complejo de Edipo, el varón demostraba un interés especial hacia la figura paterna, deseaba ser igual a él. Es decir que, hasta

entonces, tenía a su padre como un ideal; a él lo enlazaba una identificación que lo tomaba como modelo a seguir. Al mismo tiempo, presentaba hacia su madre una investidura de objeto (Freud, 1921).

Entretanto, en relación a la niña, la ligazón libidinosa con su madre era de naturaleza ambivalente. A su vez, durante el período preedípico, el padre representaba para ella un rival (Freud, 1933 [1932]).

Pues bien, en los infantes de ambos sexos la investidura de la madre continúa hasta el nacimiento del complejo de Edipo, que, en el niño varón, es marcado por “el refuerzo de los deseos sexuales” (Freud, 1923, p. 33) hacia ésta y una marcada rivalidad hacia su padre, a quien quiere eliminar para reemplazarlo junto a la misma, tomando la identificación con éste un carácter hostil (Freud, 1921). Entretanto, “en la situación edípica es el padre quien [deviene] objeto de amor para la niña”; en su vínculo con éste se repite todo lo ya vivido en la ligazón-madre preedípica (Freud, 1933 [1932], p. 110). Por lo tanto, al comenzar la fase fálica, la niña debe cambiar de objeto sexual, mientras el varón lo conserva.

Con el advenimiento del complejo de castración y “bajo el influjo de la envidia del pene” (Freud, 1938, p. 183), la niña siente que su madre la ha creado incompleta, desprovista del órgano peniano y, por lo tanto, surgen en ella sentimientos hostiles hacia ésta.

En la inquina por ello, resigna a la madre y la sustituye por otra persona como objeto de amor: el padre. (...) La hijita se pone en [su] lugar (...); quiere sustituirla al lado del padre, y ahora odia a la madre antes amada, con una motivación doble: por celos y por mortificación a causa del pene denegado. Su nueva relación con el padre puede tener al principio por contenido el deseo de disponer de su pene, pero culmina en otro deseo: recibir el regalo de un hijo de él. Así, el deseo del hijo ha reemplazado al deseo del pene o, al menos, se ha escindido de este. (Freud, 1940 [1938], p. 193)

Todo lo antedicho se vincula con el hecho de que, en un primer momento, la pequeña cree que su castración es una desgracia propia; empero, luego, constata que la misma se extiende a otras personas de su sexo y, finalmente, a su madre. Ante ello, revive una hostilidad hacia ésta experimentada en el estadio oral a causa del destete, hostilidad ésta vivida también por el varón y que parece deberse a que “el ansia del niño por su primer alimento es lisa y llanamente insaciable, y que nunca se consoló de la pérdida del pecho materno” (Freud, 1933 [1932], p. 113). Es así que la pequeña pasa a trocar su objeto de amor (la madre fálica) por la figura del padre; “por el influjo de la envidia del pene, la niña es expulsada de la ligazón-madre y desemboca en la situación edípica como en un puerto” (Freud, 1933 [1932], p. 120).

En consonancia con ésto, se puede afirmar que el complejo de castración de la niña es

un punto de inflexión en su desarrollo psicosexual (Freud, 1933 [1932]). Ante dicha situación, la futura mujer puede reaccionar de tres maneras distintas: con un extrañamiento general en relación a la sexualidad; con la denegación de su falta anatómica y la consecuente fantasía de que en algún momento de su vida ella también poseerá un miembro masculino; o con una aceptación de su falta de pene y el deseo de poseer sustitutos de éste. Estos tres destinos no son excluyentes (Freud, 1931).

La última posible salida de la niña del complejo de castración es la que se describió anteriormente y es la que Freud (1931) calificó como normal. De la mano de ella, la muchacha resigna el objeto-madre a cambio del objeto-padre, es decir, ingresa en el complejo de Edipo, al mismo tiempo que troca de zona erógena rectora (el clítoris por la vagina). Por otra parte, comienza a surgir en ella el anhelo de ser madre.

Es en base a lo planteado que se afirma, entonces, que en la niña la situación edípica es una formación secundaria. En el pequeño varón dicho fenómeno es, en contrapunto, una formación primaria (Nasio, 1996).

Como ya se mencionó, el niño mantiene su objeto de amor originario, la madre, y sus deseos hacia ella son, con la llegada del período fálico, reforzados. Es así que el chico entra en el complejo de Edipo, lo que lo lleva a generar el sentimiento de que el padre es un obstáculo para la concreción de sus anhelos de amor hacia la madre. En su caso, el complejo de castración no es, al igual que en la niña, la formación que lo lleva a la situación edípica, sino, todo lo contrario, la que lo dirige hacia su sepultamiento (Freud, 1924). En palabras de Freud (1925, p. 275): "Mientras que el complejo de Edipo del varón se va al fundamento debido al complejo de castración, el de la niña es posibilitado e introducido por este último".

La amenaza de perder su pene se presenta para el varón como un castigo por ocuparse con demasiado ardor del mismo. Pues bien, dicha estimulación de su miembro es "la descarga genital de su excitación sexual perteneciente al complejo [de Edipo]" (Freud, 1924, p. 184), motivo por el cual considera que la satisfacción amorosa edípica conllevaría como castigo la extracción de sus genitales tan preciados. A partir de ese momento, surge en el pequeño un conflicto entre el interés narcisista por su pene "y la investidura libidinosa de los objetos parentales. En ese conflicto triunfa normalmente el primero de esos poderes: el yo del niño se extraña del complejo de Edipo" (Freud, 1924, p. 184).

En la niña, en cambio, descartada la angustia de castración, el sepultamiento del complejo de Edipo parece fundamentarse en su vislumbre de que no podrá cumplir con el deseo de dar un hijo a su padre (Freud, 1924). En relación a lo mismo, Freud (1933 [1932]) explicita que la niña se mantiene dentro de la situación edípica por un período

indeterminado y, al abandonarla, lo hace sólo de modo inacabado.

Al respecto del extrañamiento del complejo de Edipo, el autor enuncia que se trata, más que de una represión de éste, de una “destrucción y cancelación” (Freud, 1924, p. 185). Si lo mismo no es logrado por el yo, el Edipo permanecerá en el ello y más adelante se manifestará en el sujeto su “efecto patógeno” (Freud, 1924, p. 185).

El complejo de Edipo descrito hasta aquí, es decir, aquél en que la niña inviste a su padre y el varón a su madre, de la mano de una consiguiente posición ambivalente hacia el progenitor del mismo sexo, es el que Freud (1923, p. 35) llama “positivo”. Empero, señala que, las más de las veces, lo que se observa es la manifestación de un “complejo de Edipo más completo, que es uno duplicado, positivo y negativo, dependiente de la bisexualidad originaria del niño”. Entonces, se dice que los infantes no sólo realizan una elección tierna del objeto parental del sexo opuesto, a la vez que presentan una ambivalencia hacia el de igual sexo, sino que, asimismo, el varón y la niña sienten deseos incestuosos en favor de su padre y su madre, respectivamente y, por ende, el otro progenitor representa para cada uno de ellos un rival.

En efecto, la experiencia analítica muestra que, en una cantidad de casos, uno u otro de los componentes de aquel [el complejo de Edipo completo] desaparece hasta dejar apenas una huella registrable, de suerte que se obtiene una serie en uno de cuyos extremos se sitúa el complejo de Edipo normal, positivo, y en el otro el inverso, negativo, mientras que los eslabones intermedios exhiben la forma completa con participación desigual de ambos componentes. (Freud, 1923, p. 35)

De esa serie se desprenden, por lo tanto, cuatro actitudes del sujeto hacia sus progenitores en la situación edípica. Las mismas, al ser abandonado el complejo de Edipo, se desdibujan de modo que, a partir de ellas, emerge una identificación con la madre y otra con el padre (Freud, 1923). En palabras de Freud (1924, p. 184): “las investiduras de objeto son resignadas y sustituidas por identificación”.

Así, como resultado más universal de la fase gobernada por el complejo de Edipo, se puede suponer una sedimentación en el yo, que consiste en el establecimiento de estas dos identificaciones, unificadas de alguna manera entre sí. Esta alteración del yo recibe su posición especial: se enfrenta al otro contenido del yo como (...) superyó. (Freud, 1923, p. 36)

No obstante, se puede decir que el superyó no debe su génesis únicamente a la introyección de los restos de las primeras elecciones objetales del niño, sino también a una formación reactiva hacia las mismas. En otras palabras: al mismo tiempo que queda establecido en el superyó un “deber ser” siguiendo el modelo de identificación con los

progenitores, se instala en él la prohibición de ser o actuar como éstos en ciertos aspectos (sobre todo en lo que refiere al intercambio sexual de uno de ellos con el que fue deseado en la situación edípica) (Freud, 1923).

Es así se postula que la génesis del superyó se debe a una introyección en el yo de la autoridad de las figuras parentales. Tras esta instancia, se encuentra la primera identificación de la prehistoria del sujeto, la originaria, que es la de éste con sus padres (Freud, 1923). El núcleo del superyó “toma prestada del padre su severidad, perpetúa la prohibición del incesto y, así, asegura al yo contra el retorno de la investidura libidinosa de objeto (Freud, 1924, p. 184).

Las aspiraciones libidinosas pertenecientes al complejo de Edipo son en parte desexualizadas y sublimadas, lo cual probablemente acontezca con toda trasposición en identificación, y en parte son inhibidas en su meta y mudadas en mociones tiernas. El proceso en su conjunto salvó una vez los genitales, alejó de ellos el peligro de la pérdida, y además los paralizó, canceló su función. Con ese proceso se inicia el período de latencia, que viene a interrumpir el desarrollo sexual del niño. (Freud, 1924, p. 184)

Antes de explicar el período de latencia, se planteará una interrogante que surge a partir de lo trabajado en relación a la fase fálica: en hogares monoparentales, homoparentales, etc., ¿cómo se produce la triangulación edípica en ausencia de un padre y una madre como los asociados al modelo tradicional de familia, modelo éste que se considera está implícito en los planteos de Freud, característico, a su vez, de la sociedad de su época? Por otra parte, una crítica que se realiza frecuentemente a las concepciones aquí desarrolladas es la importancia concedida al pene en este momento de la evolución de la libido, la cual podría estar impregnada de un ideal androcéntrico (Dio Bleichmar, 2002). Lo mismo lleva a cuestionar la veracidad del concepto de envidia del pene, el cual podría estar reflejando el supuesto androcentrismo freudiano.

Un planteo que puede dar respuesta a la primera interrogante es el expuesto por Silvia Bleichmar (1978), que, en lugar de hablar de un complejo de Edipo, habla del Edipo

como la estructura privilegiada en la que el ser humano se inserta al nacer y que designará su ubicación como sujeto libidinal, es decir, como sujeto de deseo, más allá (o más acá) de todas las otras determinaciones que sobre él pesen. (p. 11)

Las unidades que componen a dicha estructura son tres: la función materna, la función paterna y el hijo (como sujeto sexual). La madre es quien provee al niño no sólo la satisfacción de sus necesidades, sino que, al mismo tiempo, le transmite su afecto y las conductas que lo inscriben en el orden de la cultura. Ahora bien, al decir “madre”, Bleichmar (1978) no refiere a una entidad biológica; a lo que hace alusión es a la “función materna”, la

cual puede ser llevada a cabo por cualquier individuo que se encargue de los cuidados de la criatura, ofreciéndole, con ellos, “un conjunto de emociones, de modelos de contacto” (p. 12), erogeneizando su cuerpo. Entretanto, el padre como “función paterna” es quien instaura la prohibición del vínculo amoroso entre el hijo y su madre, quien propicia, por lo tanto, el abandono de ésta como objeto de amor. En palabras de la autora: “podemos definir la función paterna como un deseo de madre que no se agota en un deseo de hijo” (p. 24).

Lo último se traduce en que, en aquellos casos en que el hogar es monoparental, la triangulación se puede dar igualmente. Un ejemplo de “función paterna” en este modelo de familia sería el trabajo de la madre (de quien cumpla con la “función materna”), que llevaría al niño a percibir que él no es el único interés en la vida de ella.

Se considera que la noción de Bleichmar (1978) es muy rica, puesto que se puede aplicar a modelos de familia como el que se acaba de mencionar, al igual que al homoparental.

Una vez contestada la primera pregunta planteada, se buscará responder a la segunda. Un punto de vista que parece responder dicha interrogante es el de es el de Aguado Vázquez (2005), quien, partiendo de la base de que los fenómenos psíquicos están siempre determinados por el ámbito socio-cultural en que se desarrollan, afirma que el concepto de “envidia del pene” no es reflejo de una postura machista de Freud, sino de un cambio cultural iniciado en el siglo XIX y todavía en proceso: la búsqueda de las mujeres por ocupar lugares tradicionalmente asociados a los hombres. La envidia del pene sería, entonces, una expresión psíquica de la lucha social por una igualdad entre hombres y mujeres. La misma estaría reflejando un momento del desarrollo en que las niñas perciben ese fenómeno social dentro de sus propias familias y lo significan del siguiente modo:

(...) si mamá quiere tener lo que tiene papá, quiero tener lo que tiene mi hermano, particularmente quiero tener el poder de obtener mi objeto (del deseo). Claro que en la niña este objeto termina convirtiéndose en papá y se realiza el fascinante proceso Edípico. (Aguado Vázquez, 2005, p. 173)

Las teorías de Freud en torno de la sexualidad femenina son descritas por el propio autor como incompletas: “ (...) en conjunto es preciso confesar que nuestras intelecciones de estos procesos de desarrollo que se cumplen en la niña son insatisfactorias, lagunas y vagas” (1923, p. 186). A su vez, la afirmación de Aguado Vázquez (2005) relativa a que, por ejemplo, el concepto freudiano de envidia del pene es fruto de un contexto socio-cultural determinado parece acertada. Cabe señalar, por otra parte, que varios autores posteriores a Freud desarrollaron, o bien nociones alternativas a la envidia del pene, o bien concedieron a ésta otro significado. Es el caso de Françoise Dolto (2001), quien la define como una fase

pasajera en la cual la niña toma conocimiento de la diferencia anatómica entre su sexo y el masculino. Si bien en el presente trabajo no se expondrán las conjeturas de dicha autora acerca de la sexualidad femenina, se las considera útiles para comprender ciertos fenómenos que ya no son explicables a partir de los postulados freudianos.

Finalmente, sobre el período de latencia en la obra de Freud cabe explicitar que transcurre, aproximadamente, entre los seis y los ocho años de edad, y, con él, deviene una interrupción del desarrollo libidinal. Aquí, gran parte de las mociones sexuales propias de la sexualidad del infante son sofocadas por represión, motivo por el cual se habla de una “amnesia infantil”: un olvido por parte del sujeto de sus primeros años de vida. No obstante, con la llegada a este período no necesariamente vienen de la mano una detención total de los intereses y prácticas vinculados a la sexualidad (Freud, 1917 [1916-17]).

Sobre la amnesia infantil, dice Freud (1917 [1916-17], p. 297):

En todo psicoanálisis se plantea la tarea de recobrar en el recuerdo ese período olvidado de la vida [la infancia]; no podemos dejar de sospechar que los comienzos de vida sexual contenidos en él proporcionaron el motivo de ese olvido, que, por tanto, sería un resultado de la represión.

Los mecanismos de defensa que hacen posible dicha “amnesia”, es decir, el sofocamiento de las mociones sexuales infantiles, son dos: la sublimación, proceso por el cual las fuerzas pulsionales son desviadas de sus metas y conducidas hacia otros fines, asociados, frecuentemente, a logros culturales; y la formación reactiva, que posibilita el surgimiento de los diques anímicos (vergüenza, asco y moral), fuerzas contrarias a las mociones perversas infantiles (Freud, 1905).

Es importante destacar que, no obstante, la latencia presenta ciertas rupturas, esto es, algunos momentos en los que surge una expresión sexual que ha birlado los procesos represivos. Igualmente, muchas veces se mantiene determinada práctica sexual a lo largo de este período (Freud, 1905).

El período de latencia aparece, entonces, como una especie de puente entre una sexualidad (la infantil) y la otra (adulta), es decir, entre los dos grandes momentos del desarrollo libidinal, que, más adelante, conformarán lo que se conoce como la corriente tierna y la sensual (descritas posteriormente en el presente) dirigidas al objeto a partir de la pubertad. Asimismo, se presenta como el límite entre lo que es recordado por el sujeto en su adultez y lo que no, siendo esto último lo reprimido a lo largo del desarrollo libidinal infantil y lo que, en el proceso analítico, se busca conocer a fines de acallar los síntomas del aquél que consulta.

2.5. Pubertad y elección de objeto

Con la pubertad, comienzan los cambios que llevan a la conformación final de la sexualidad. La pulsión sexual pasa, a partir de esa fase, de ser autoerótica a la elección de un objeto sexual. Lo mismo va de la mano con el hecho de que las pulsiones, hasta entonces parciales, tienen una nueva meta sexual, dado que se ponen “al servicio de la función de reproducción” (Freud, 1905, p. 189).

En este período, las zonas erógenas prevaletentes a lo largo del desarrollo psicosexual infantil se supeditan al primado de la genitalidad, pasando a ser provocadoras de la excitación sexual. Esta última, de por sí, produce un monto de placer y un aumento de la tensión sexual, que, si no es satisfecha con el acto sexual (nueva meta de la pulsión a partir de este período), puede generar un gran displacer (Freud, 1905).

Al hablar de elección (o hallazgo) de objeto, se hace referencia a “la superación del autoerotismo y la investidura libidinal de un objeto de amor exterior al propio ser” (Meler, 1998, p. 139). Nótese que aquí se habla de objeto de amor (o sexual), y no del objeto de la pulsión. Pues bien, la diferencia entre uno y otro reside en que, mientras el segundo alude a una parte del cuerpo propio o ajeno, el primero remite a una persona total (Rabinovich, 2003). En palabras de Freud (1905, p. 123), el objeto sexual es “la *persona* de la que parte la atracción sexual”.

Se trata de una elección inconsciente, fruto de la prehistoria del sujeto, es decir, del trayecto particular que éste ha transitado a lo largo de su desarrollo psicosexual. “Evoca lo que puede existir de irreversible y determinante en la elección por el sujeto, en un momento decisivo de su historia, de su tipo de objeto amoroso” (Laplanche y Pontalis, 2004, p. 109).

Igualmente, Freud (1905) indica que dicha elección no es determinada por el sexo del sujeto, en otras palabras, que no por ser hombre, la persona debe elegir a una mujer como objeto de amor, y viceversa.

Todos los hombres son capaces de elegir un objeto de su mismo sexo, y aun lo han consumado en el inconsciente (...) El psicoanálisis considera más bien que lo originario a partir de lo cual se desarrolla luego, por restricción hacia uno u otro lado, tanto el tipo normal como el invertido, es la independencia de la elección de objeto respecto del sexo de éste último, la posibilidad abierta de disponer de objetos tanto masculinos cuanto femeninos, tal como se la puede observar en la infancia. (Freud, 1905, p. 132)

¿Qué es lo que lleva, entonces, a que, en nuestra sociedad, la elección objetual no sólo predominante, sino normativa, sea la heterosexual? Para contestar a esta interrogante, lo que sería interesante llevar a cabo en una investigación futura, se considera crucial tener en

cuenta la fuerte incidencia del factor cultural sobre el comportamiento humano.

Por otra parte, en lo que al hallazgo de objeto respecta, se dice que existen dos tipos: uno infantil (como el que se caracterizó al describir la fase fálica: el complejo de Edipo) y otro puberal (Laplanche y Pontalis, 2004). Sobre el infantil, se sabe que es endogámico, incestuoso; el puberal, entretanto, es exogámico (Meler, 1998), es decir, que se caracteriza por una búsqueda de objetos a quienes amar fuera del entorno familiar. No obstante, muchas veces en la infancia se da una elección de objeto como la que caracteriza a la pubertad. Ésto ocurre cuando todo el deseo sexual se dirige hacia una única persona; en cambio, no aún bajo el primado de la zona genital (Freud, 1905). Un ejemplo de lo mismo es encontrado en el caso clínico del “pequeño Hans”, quien presenta vínculos de amor con otros chicos, lo que caracterizaría, para Freud (1909, p. 15), una “elección de objeto' como la del adulto”.

La elección de objeto se realiza, pues, en dos tiempos: el primero, entre los dos y los cinco años de edad, que presenta metas sexuales de naturaleza infantil, y el segundo, a partir de la pubertad. El primero se detiene o retrocede con el período de latencia.

Asimismo, para que la sexualidad se desarrolle dentro de los patrones de normalidad, deben confluir “dos corrientes dirigidas al objeto y a la meta sexuales: la tierna y la sensual” (Freud, 1905, p. 189). La primera está ligada a la elección de objeto infantil, en ella se une lo que resta de las manifestaciones sexuales de la infancia, mientras que la segunda tiene que ver con el coito y, en particular, con su finalización, nueva meta sexual que genera una descarga máxima de placer. Para ello, se debe renunciar a los objetos infantiles. Si ambas corrientes no confluyen, puede que no se alcance la unificación de todos los deseos en un único objeto, lo que constituye un ideal de la vida sexual adulta (Freud, 1905).

Dos factores contribuirán decisivamente al fracaso de este progreso en el curso de desarrollo de la libido. En primer lugar, la medida de frustración {denegación} real que contraría la nueva elección de objeto y la desvalorice para el individuo. (...) En segundo lugar, la medida de la atracción que sean capaces de exteriorizar los objetos infantiles que han de abandonarse, y que es proporcional a la investidura erótica que les cupo todavía en la niñez. Si estos dos factores son lo bastante fuertes, entra en acción el mecanismo universal de la formación de neurosis. La libido se extraña de la realidad, es acogida por la actividad de la fantasía (introversión), refuerza las imágenes de los primeros objetos sexuales, se fija a estos. (Freud, 1912, p. 175).

Por ende, se puede pensar en una no confluencia de la corriente tierna y la sensual en la elección de un objeto en los casos en que éste es desvalorizado por el sujeto, por un lado, y, por otro, cuando la investidura de los objetos infantiles ha sido tan intensa que los mismos

todavía ejercen, de forma inconsciente, una fuerte atracción.

Al comienzo de la pubertad, la elección de objeto se da primero en el plano de la fantasía. Con lo mismo, resurgen en la persona las tendencias infantiles; aquí, a diferencia de la niñez, con un refuerzo a nivel corporal. Dichas fantasías suelen estar, en primer lugar, relacionadas con el deseo sexual del infante hacia sus padres, en la mayoría de los casos, delimitada por la orientación sexual del ahora púber (Freud, 1905).

Las fantasías del adolescente suelen mantenerse inconscientes, si no en su totalidad, gran parte de ellas, y son una continuación de la exploración sexual de la niñez. Ejemplos de estas fantasías son la de escuchar a los progenitores mientras tienen relaciones sexuales, la amenaza de castración, la seducción en la infancia por parte de personas cercanas, el permanecer en el vientre materno, entre otras (Freud, 1905). Freud llama a dichas formaciones “fantasías originarias” y explica que son encontradas, en general, en todos los individuos. Las mismas no remiten necesariamente a escenas experimentadas por el sujeto, sino a un pasado arcaico. El autor las interpreta, por lo tanto, en base a una memoria filogenética del ser humano: las escenas vinculadas con las fantasías originarias han sido vividas, de hecho, en tiempos primitivos. Es así que el infante, “al crear fantasías, no [hacía] más que rellenar, con la ayuda de la verdad prehistórica, las lagunas de la verdad individual” (Laplanche y Pontalis, 2004, p. 143).

Los temas de dichas fantasías aluden, en su conjunto, a las explicaciones que el niño ha construido acerca de su procedencia, a aquello que requiere, para él, una aclaración. Es así que, con la fantasía acerca del acto sexual de sus padres, denominada “escena originaria” (Laplanche y Pontalis, 2004), se figura el origen del individuo; con la de seducción, el origen de su sexualidad; y, con la de castración, el porqué de la diferencia existente entre los sexos.

En esta fase del desarrollo libidinal, se genera, por otro lado, un rechazo hacia esas fantasías incestuosas – a causa del sepultamiento del complejo de Edipo – y, con ello, se alcanza un desprendimiento del joven de la autoridad de sus padres, lo que constituye, en palabras de Freud (1905, p. 107), “uno de los logros psíquicos más importantes, pero también más dolorosos, del período de la pubertad (...) el único que crea la oposición, tan importante para la cultura, entre la nueva generación y la antigua”.

La elección infantil de objeto no fue sino un débil preludio, aunque señero, de la elección de objeto en la pubertad. En esta se despliegan procesos afectivos muy intensos, que siguen el mismo rumbo del complejo de Edipo o se alinean en una reacción frente a él. No obstante, y por el hecho de que sus premisas se han vuelto insoportables, esos procesos tienen que permanecer en buena parte alejados de la conciencia. Desde esta

época en adelante, el individuo humano tiene que consagrarse a la gran tarea de desasirse de sus padres; solamente tras esa suelta puede dejar de ser niño para convertirse en miembro de la comunidad social. (Freud, 1917 [1916-17], p. 307)

Es entonces que el sujeto debe utilizar los deseos libidinosos que tuvo de infante hacia uno de sus progenitores para, a partir de la pubertad, dirigirlos hacia un objeto sexual exogámico. Igualmente, su relación con la figura parental hacia quien guardó sentimientos de hostilidad en la niñez debe sufrir un cambio: o bien se reconcilia con ella en caso de haber mantenido dicha hostilidad, o bien debe “liberarse de su presión si se le sometió como reacción frente a su sublevación infantil” (Freud, 1917 [1916-17], p. 307). Todo individuo debe llevar a cabo ese proceso; sin embargo, éste difícilmente se logra de manera completa y definitiva. En los neuróticos, los obstáculos son aún mayores:

el hijo permanece toda la vida sometido a la autoridad del padre y no está en condiciones de transferir su libido a un objeto sexual ajeno. Esta misma puede ser, trocando la relación, la suerte de la hija. En este sentido, el complejo de Edipo es considerado con acierto como el núcleo de las neurosis. (Freud, 1917 [1916-17], p. 307)

Ahora bien, como se señaló anteriormente, la elección de objeto en la pubertad deriva del desarrollo libidinal del niño. Lo mismo se ve reflejado, al igual que en la corriente tierna que se dirige al objeto, en los caminos que llevan a su elección. Estos últimos son dos: se puede amar “según el tipo del apuntalamiento [en los modelos infantiles]: a. A la mujer nutricia, y b. Al hombre protector” y, según el tipo narcisista “a. A lo que uno mismo es (a sí mismo), b. A lo que uno mismo fue, c. A lo que uno querría ser, y d. A la persona que fue una parte del sí-mismo propio” (Freud, 1914, p. 87). Ambos caminos parten de quienes fueron los objetos originarios de todo sujeto: él mismo y su madre.

Sobre dichos caminos, Freud (1914), indica que la elección objetal por apuntalamiento (también llamada anaclítica) es característica del hombre. A su vez, la elección narcisista es típica en la mujer. En cambio, éste es señalado únicamente por generalización, dado que el mismo autor resalta que los dos caminos para la elección de objeto se abren a todos los sujetos por igual.

La elección objetal por apuntalamiento se produce sobre la imagen de las figuras parentales, de aquellos que, en la infancia, satisficieron las necesidades del ahora púber (Freud, 1914). La misma confirma lo ya mencionado en el presente acerca de que el acto de mamar del seno materno constituye un modelo para toda relación de amor.

Entretanto, en el camino narcisista, el individuo busca a su objeto sexual partiendo, en los tres primeros casos, de la imagen o de un ideal del sí-mismo. A su vez, “la semejanza entre el objeto elegido y el modelo puede ser meramente parcial, reducida a algunos signos

privilegiados”. En el cuarto caso, lo que se procura es el amor narcisista con que la madre invistió al sujeto en una etapa temprana y que “ha sido parte de su propia persona” (Laplanche y Pontalis, 2004, p. 111).

Un ejemplo de la elección objetal narcisista es la homosexualidad masculina. Allí, el hombre se identifica con su madre, tras una fijación infantil a ella, y se toma a él mismo como objeto sexual, eligiendo a personas de su mismo sexo semejantes a él para que lo amen de igual modo en que ella lo amó (Freud, 1905). Un caso de homosexualidad masculina que difiere de lo antedicho es el descrito por Freud (1910) en relación a Leonardo da Vinci.

Para finalizar este apartado, resulta interesante plantear la siguiente interrogante: puesto que los posibles caminos que conducen a una elección objetal fueron propuestos por Freud hace ya más de un siglo, ¿se puede decir que los mismos prevalecen en la actualidad? Sobre ello, puntualiza Irene Meler (1998, p. 140) que “las actuales condiciones de vida favorecen recorridos muy diversos de aquellos descritos agudamente por el creador del Psicoanálisis”. Un ejemplo de esto son los casos en que una mujer, en lugar de elegir a su pareja en base a una imagen de sí misma o del “hombre protector”, lo hace “sobre el modelo de un hermano menor” (p. 154).

2.6. Breves puntualizaciones acerca de la masculinidad y la feminidad

Como se ha dicho hasta ahora, la sexualidad de los seres humanos comienza desde la infancia y llega a su conformación final a partir de la pubertad. Pues bien, según Freud (1905, p. 200), es sólo en este último período cuando se establece “la separación tajante entre el carácter masculino y el femenino”. En relación a esto, se entiende que, con la llegada a la pubertad, es que el sujeto deviene propiamente hombre o mujer.

Para mejor comprender los conceptos de masculinidad y feminidad desde el punto de vista freudiano, se realizará aquí una breve descripción de lo que el autor ha expuesto sobre dicha distinción.

En base a todo lo antedicho en el presente, se puede señalar que la sexualidad de la niña y el varón transcurren de modo indiferenciado hasta la llegada a la fase fálica, dado que, tanto el complejo de castración como el de Edipo se dan de forma distinta en un sexo y el otro. No obstante, hay una polaridad que precede a la diferenciación entre femenino y masculino: la oposición entre activo y pasivo, situada en la fase anal del desarrollo psicosexual (Freud, 1917 [1916-17]).

Es así que lo activo (asociado, como se verá a continuación, a la masculinidad) en las

prácticas de dicha etapa es la “expresión de una pulsión de apoderamiento” vinculada a la retención de las heces por parte del infante. Entretanto, las “aspiraciones de meta pasiva [relacionadas con lo femenino] se anudan a la zona erógena del orificio anal, muy importante en este período” (Freud, 1917 [1916-17], p. 298).

Otra polaridad previa a la que distingue lo masculino de lo femenino es la que se observa en la fase fálica del desarrollo libidinal: la antítesis entre fálico (poseedor del miembro genital masculino) y castrado (Bleichmar, 1978).

Freud (1933 [1932]) hace alusión, pues, a una asociación directa entre masculinidad y actividad y feminidad y pasividad. Expresa, en cambio, que dicha asociación no se debe más que a la existencia de un gameto que debe movimentarse en el hombre (espermatozoide) y a uno que permanece estático en la mujer (óvulo) y a la conducta del macho y la hembra en el acto sexual (debido a que el primero penetra a la segunda). Mientras tanto, los rasgos atribuidos por excelencia a la fémica y al macho (por ejemplo, una predisposición a la crianza de los hijos y una agresividad, respectivamente) en la era de Freud (muchos de los cuales persisten hoy día), no parecen constatables como generalidades en el reino animal. Por ello, el autor los vincula con producciones y estereotipos socioculturales.

En su 33ª conferencia, titulada “La feminidad” (1933 [1932]), el autor explicita que la diferenciación entre un sexo y el otro va más allá de lo meramente biológico (es decir, de aquello que remite, en particular, a los caracteres sexuales del ser humano). Señala que ésto debe atenderse también desde un punto de vista psicológico. En sus palabras:

Estamos habituados a usar ‘masculino’ y ‘femenino’ (...) como cualidades anímicas y de igual modo hemos trasferido el punto de vista de la bisexualidad a la vida anímica. Decimos entonces que un ser humano, sea macho o hembra, se comporta en este punto masculina y en estotro femeninamente. Pero pronto verán ustedes que lo hacemos por mera docilidad a la anatomía y a la convención. (Freud, 1933 [1932], p. 106)

Se puede indicar, por lo tanto, que Freud (1905) utiliza los términos “masculino” y “femenino” en tres sentidos: el biológico, el sociológico y la polaridad activo-pasivo. Sobre este último, expresa que es el que comúnmente se utiliza en Psicoanálisis. Con todo, si se observa el comportamiento de individuos pertenecientes a uno u otro sexo, se encuentra que en ambos casos existe una “unión de actividad y pasividad, tanto en la medida en que estos rasgos de carácter psíquico dependen de los biológicos, cuanto en la medida en que son dependientes de ellos” (pp. 200-201).

De lo trabajado en este apartado, se nota en la teoría freudiana, al menos en lo que refiere a las nociones de masculinidad y feminidad, una concepción bastante avanzada para

la época en que fue gestada. Puesto que, además de los caracteres biológicos, considera producciones socioculturales que incidirían en nuestras formas de ser hombres o mujeres, no limita, al contrario de lo que se puede creer, lo masculino a una asociación con la actividad y lo femenino a una ligazón con la pasividad; como indica el autor, dicha asociación se realiza por mera convención.

2.7. Caso clínico: “Análisis de la fobia de un niño de cinco años (el pequeño Hans)” (Freud, 1909)

A continuación, se presentará un caso clínico expuesto por Freud (1909), a modo de ejemplificar algunos de los conceptos abordados, así como de visualizar la forma en que se manifiestan los mismos en la clínica. Para ello, se seleccionaron algunos fragmentos del historial clínico del “pequeño Hans” (conocido popularmente como Juanito) de acuerdo a un interés, fundamentalmente, en el complejo de castración y el de Edipo vividos por el paciente.

Cabe destacar que el tratamiento no es llevado a cabo por Freud, sino por el padre de Hans bajo su supervisión. En referencia al análisis del infante, es importante señalar, asimismo, que fue el primer trabajo psicoanalítico efectuado en un paciente niño, lo que contribuyó ampliamente al desarrollo de las teorías sexuales freudianas, a la vez que permitió observar períodos del desarrollo psicosexual en el momento de su transcurso. Esto último en contraste con las anteriores elucidaciones de Freud en torno de la sexualidad infantil, que, al mismo tiempo que coinciden con lo observado en el caso, provenían de su trabajo con neuróticos adultos.

2.7.1. Presentación y análisis del caso.

Hans es un niño que, con 4 $\frac{3}{4}$ años, desarrolla una fobia a los caballos, demostrando miedo de ser mordido por uno de estos animales. Días anteriores al despertar de su fobia, ha relatado un sueño en el cual su madre se encontraba lejos, lo que lo dejaba sin una mamá con quien acariciarse. Ese sueño marca el inicio de su malestar: a causa de él, se incrementa la ternura del chico hacia su madre, lo que le genera angustia y, por lo tanto, es desalojado de su conciencia (reprimido).

Hans está transitando por el complejo de Edipo. Lo mismo es demostrado por los intentos de seducción que ha tenido hacia su madre en los últimos tiempos, entre ellos, un pedido de que ésta tocara su “hace-pipi” (nombre que utiliza para referirse a su órgano

genital). La reacción de su mamá en ese momento, quien se niega abruptamente a satisfacer al pequeño “porque es una porquería”, “es indecente” (p. 18), puede haber favorecido a la represión.

Por otra parte, se observa en Hans un gran interés hacia su miembro sexual, al que estimula manualmente con regularidad. Dicho interés “lo convierte en investigador” (p. 87), traducándose esto en su curiosidad por la presencia de un “hace-pipí” en los animales, en su mamá y en su hermanita Hanna, a quienes atribuye un órgano genital igual al suyo. Lo último lo lleva a preguntarle a sus dos progenitores si poseen un “hace-pipí”, a lo que su madre contesta afirmativamente, no facilitando, así, el esclarecimiento de esta interrogante infantil.

El niño suele expresar que sus padres tienen un pene tan grande como el de un caballo, lo que se puede asociar a uno de los causantes de su fobia: un deseo de ver el “hace-pipí” de la madre (lo que ha puesto en palabras algunas veces). A su vez, su papá vincula su miedo con la costumbre del niño de tocar su miembro (de la cual está buscando, por ahora, en vano, liberarse), gracias a un relato de su hijo de que ha visto un caballo que, al ser tocado, muerde. El pequeño confirma, luego, las suposiciones de su padre al decir: “¡Oh, no!, [la fobia] es tan intensa porque me sigo pasando todas las noches la mano por el hace-pipí” (p. 27).

La difícil búsqueda de Hans por deshabituarse de su práctica onanista viene de la mano de una escena vivida más de un año antes del comienzo de su sintomatología: su mamá lo había encontrado estimulando manualmente su pene y reaccionó ante la situación reprimiéndole y amenazándole con que éste le sería cortado si lo continuaba tocando. La angustia de castración, iniciada en el niño, probablemente, tras la amenaza materna, parece haber tenido un efecto tardío en él, puesto que la misma se manifiesta desde lo inconsciente, por medio de la fobia, mucho tiempo después del episodio.

Asimismo, dicha angustia ha, probablemente, aumentado tras su constatación, al observar cómo bañaban a Hanna, de que ésta no posee un “hace-pipí”. Dicho descubrimiento fue, sin embargo, desmentido por el niño al señalar en el momento: “‘Pero... su hace-pipí es todavía chico’, tras lo cual [agregó], como a modo de consuelo: ‘Ya cuando crezca se le hará más grande’” (p. 12). Ya se ha visto que esa actitud es muy frecuente ante una primera observación de la diferencia anatómica entre los sexos, pues reconocer la ausencia del pene en una persona semejante al infante, abriría la posibilidad de que esa parte tan preciada de su cuerpo le faltara, en un futuro, a él mismo.

Más adelante, se le aclara a Hans, tras una sugerencia de Freud a su padre para aminorar la angustia del niño, que las mujeres no tienen pene. Ésto parece “conmoverle su

confianza en sí mismo y despertarle el complejo de castración”, motivo que lo lleva a revolverse contra tal explicación. “¿Conque realmente existen seres vivos que no poseen un hace-pipí? ¡No sería entonces tan increíble que le quitaran el suyo; que, por así decir, lo hicieran mujer!” (p. 32).

Enseguida de ese suceso, el niño relata una fantasía que ha tenido por la noche:

(...) había en la habitación una jirafa grande y una jirafa arrugada, y la grande ha gritado porque yo le he quitado la arrugada. Luego dejó de gritar, y entonces yo me he sentado encima de la jirafa arrugada. (p. 32)

Su papá vincula la misma con un episodio bastante frecuente en esa época: la aparición del niño en el cuarto de sus padres, siendo acogido en el lecho por su mamá, a pesar de una reluctancia del padre. Su fantasía se traduciría, por lo tanto, de la siguiente manera: su papá (el miembro de éste) es representado por la jirafa grande, mientras su mamá (los genitales de ella), por la arrugada. La primera grita, lo que refleja la oposición del padre a que el niño se acueste por las mañanas junto a su madre. Entonces, él se sienta encima de la otra jirafa, esto es, que toma posesión de su progenitora.

Allí se vislumbra, además del deseo edípico del chico hacia su mamá, sus sentimientos hostiles hacia el papá, lo cual se refleja, también, en particularidades de los caballos que ha contado que le generan miedo: “lo que (...) tienen ante los ojos y lo negro alrededor de la boca”. Freud relaciona el primer rasgo con los lentes que usa el padre de Hans y el segundo, con el bigote de éste.

Es así cómo el pequeño expresa un miedo a ser blanco de sentimientos de rabia por parte de su papá por querer él tanto a su madre. Dicho temor se trasluce, igualmente, en una preocupación explicitada por el niño de que el hombre deje la casa y no regrese más. Por otra parte, su hostilidad hacia su progenitor se deja entrever, también, en su miedo de que los caballos se tumben, por medio de lo cual estaría exteriorizando un deseo de que el mismo muera (Freud, 1909).

Otro elemento que parece contribuir a la angustia del niño son los celos hacia su hermana, así como sus dudas acerca del nacimiento de ella, lo que lo lleva a formular teorías. No obstante, no se expondrá aquí esa parte del caso, dado que la idea es presentar el historial de Juanito para mostrar un ejemplo de cómo se puede pasar por una de las fases del desarrollo psicosexual (en este caso, la fálica), al igual que para ver cómo la temática abordada en esta monografía se puede manifestar en la clínica.

Tras un proceso analítico, con interpretaciones y esclarecimientos del padre de Hans en torno de las dudas infantiles sobre la diferencia entre los sexos y la llegada de los bebés al mundo, el pequeño demuestra encontrarse libre de su fobia. El cese de su sintomatología

se vincula con una escena en que el chico juega con los hijos imaginarios que tiene y dice: "soy el papi". Su papá, entonces, le pregunta: "¿Y quién es la mami (...)?", a lo que se sucede el siguiente diálogo:

"Hans: 'Bueno, mami, y tú eres el abuelo'.

Yo [padre]: 'O sea, te gustaría ser tan grande como yo, estar casado con mami, y que ella tuviera entonces hijos'.

Hans: 'Sí, eso me gustaría, y la de Lainz' (...) [madre de su papá] 'es entonces la abuela'". (p. 80)

Con esa fantasía, el niño encuentra una solución, al menos temporaria, a su conflictiva edípica. "En lugar de eliminar a su padre, le concede la misma dicha que ansia para sí; lo designa abuelo, y también a él lo casa con su propia madre" (p. 80).

En lo que dice respecto a su angustia de castración, el desenlace que encuentra Hans se refleja, igualmente, en una fantasía:

"Ha venido el instalador y con unas tenazas me ha quitado primero el trasero y después me ha dado otro, y después el hace-pipí. Él ha dicho: 'Enseña el trasero', y yo he tenido que darme vuelta, y él lo ha quitado y luego ha dicho: 'Enseña el hace-pipí'". (p. 81)

Por medio de ella, expresa su deseo de ser como su papá, es decir, de que su "hace-pipí" y su trasero le sean cambiados por otros más grandes como los de éste. Su fantasía parece reflejar una creencia que consuela al niño de que él (al igual que su pene) crecerá y se convertirá en alguien semejante a su padre.

3. Consideraciones finales

Mediante la elaboración del presente trabajo se ha intentado reflexionar en torno del desarrollo psicosexual (también llamado desarrollo libidinal o evolución de la libido) en la obra freudiana, considerando las repercusiones de su descubrimiento tanto en la época en que surgió como en nuestros tiempos. Igualmente, se ha cuestionado acerca de la vigencia en la actualidad de algunos de los conceptos asociados al mismo.

En su teoría, Freud describió dos sexualidades: una infantil y otra adulta, esto es, que habló de una evolución bifásica de la libido, la cual comenzaría con el nacimiento, se detendría a lo largo del período de latencia y resurgiría en la pubertad hacia una conformación definitiva de la sexualidad. Pues bien, su postulado más novedoso en lo que a esto respecta es el que afirma la existencia de una vida sexual en la niñez.

En relación a esta última, se puede decir que constituye uno de los pilares básicos de la teoría psicoanalítica. Su descubrimiento le costó a Freud duros enfrentamientos con la

sociedad de su época, la cual se opuso terminantemente a la idea de una infancia alejada de los atributos de pureza e inocencia a los que se la asociaba tradicionalmente. El autor habla de un “descuido de lo infantil” (1905, p. 157) que hubo hasta ese entonces y vincula el mismo a la “amnesia infantil” (p. 158), esto es, al olvido por parte del adulto de sus vivencias más tempranas (generado por el proceso de represión), al señalar que es ésta “la culpa de que no se haya otorgado valor al período infantil en el desarrollo de la vida sexual” (p. 159).

Esas resistencias a reconocer la valía de las elucidaciones freudianas sobre la sexualidad infantil se hacen visibles, todavía, en la actualidad, probablemente, por los mismos motivos que llevaron a los científicos de la época de Freud a descreer en las mismas. Ésto se deja entrever en una tendencia, en nuestra “modernidad líquida”, a criticar a la práctica analítica la propuesta de un tratamiento de larga durabilidad en el cual se evocan los recuerdos y fantasías infantiles del consultante adulto. Por otro lado, el Psicoanálisis es cada vez menos utilizado como método psicoterapéutico en nuestros tiempos, predominando, en su lugar, tratamientos cortos y focalizados en la solución de un problema puntual que lleva al paciente a la consulta.

No obstante, la formulación por parte de Freud de los postulados sobre un desarrollo sexual de inicio tan temprano son fruto de una investigación cuidadosa y sufrieron diversas modificaciones a medida que ciertos planteos expuestos por él dejaban de ser totalmente válidos o suficientes para explicar determinados fenómenos. Sus teorías estuvieron, pues, sometidas a diversas reformulaciones y cuestionamientos, surgiendo, muchas veces, estos últimos a partir de las críticas que se realizaban a las mismas.

Es así que, en la revisión histórica que se llevó a cabo en esta monografía, se constató que Freud, al tomar conocimiento de la existencia de vivencias sexuales en la infancia por medio de su estudio de las psiconeurosis, pasó de atribuir los síntomas de dichas afecciones psíquicas a acontecimientos reales (teoría de la seducción), a considerar que los mismos eran fruto de una actividad fantaseadora por parte del sujeto en su niñez que había sucumbido a la represión. A partir de esa constatación, se entiende que la infancia de la que se ocupa el Psicoanálisis, esto es, aquella que se busca recobrar a través del recuerdo en el trabajo analítico, sorteando las resistencias del consultante, no es la real. En otras palabras, no se trata de recuperar únicamente momentos vividos realmente por el sujeto en épocas tempranas, sino las fantasías que de esas experiencias emergieron.

Lo interesante de la teoría freudiana sobre la vida sexual del infante reside en que, con ella, se dejan de equiparar sexualidad y genitalidad y sexualidad y reproducción. Asimismo, se aleja de la concepción biologicista de un instinto sexual que, tal como se creía en la época de Freud, surgiría con la pubertad. En lugar del instinto, lo que rige la sexualidad para

el autor es la pulsión (noción psicoanalítica por entero novedosa).

Por otra parte, en la sexualidad infantil no sólo se asientan las bases para la conformación de una sexualidad adulta, sino que ésta, al mismo tiempo, es determinante de la constitución de la estructura psíquica del individuo. Teniendo ésto en cuenta, se debe pensar las fases de la evolución de la libido, tal como dice Zornig (2008), como un trayecto en el que el psiquismo humano es conformado en base a sus vínculos, inicialmente, con sus familiares más cercanos, y, más adelante, con otros sujetos. Es gracias a esas relaciones que la persona puede reconocerse como alguien importante para el otro y crear, así, sus percepciones sobre sí mismo.

A lo largo del presente, se ha buscado identificar algunos momentos claves del desarrollo sexual en lo que a la formación del psiquismo respecta. Fue entonces que se logró visualizar que, en un principio, el sujeto es todo “ello”, es decir, que su “yo” (se hace referencia aquí a la instancia psíquica) y su “superyó” se van conformando a medida que se interactúa con un otro y con un entorno social determinado.

Es así que, en este estudio, se registró como momento central para la constitución del “yo” el complejo de castración. A partir de él, el individuo se percibe incompleto y comienza a reconocer que no es todo para su madre, lo que lo lleva a la transición de su narcisismo primario a uno secundario. Por otra parte, el “yo” se forma a partir de una sedimentación de identificaciones, es decir, de rasgos de un otro que son introyectados por él.

El superyó, por otra parte, instancia criticadora y juez de nuestro aparato psíquico, se conforma, de acuerdo con los postulados freudianos, una vez sepultado el complejo de Edipo. Su surgimiento habilita el pasaje a la sexualidad adulta gracias a la instalación de la barrera del incesto. Asimismo, la triangulación edípica permite al sujeto identificarse con sus figuras parentales de una forma distinta a la que lo hizo en su infancia. Cabe resaltar, igualmente, que el Edipo es determinante, también, en la orientación sexual del ser humano luego de la pubertad. Lo mismo se vincula a que este complejo puede ser vivido de distintas formas, cada una de las cuales influye directamente en la elección del objeto de amor.

Parte importante de nuestro psiquismo es, asimismo, el ideal del yo, ideal éste que el superyó busca satisfacer. El mismo se origina en base a los mandatos y proyectos que los padres, educadores y otras personas importantes para el sujeto le han transmitido a éste a lo largo de su vida. Por medio de él, el individuo busca hacerse amar por esas personas y, así, gozar del mismo amor desmedido del que gozó en su narcisismo primario. De aquí se desprende la idea de una esencia narcisista del sujeto, que puede determinar todas sus relaciones de amor, incluso las de pareja (como se ha visto en la elección de objeto de tipo narcisista).

Como se ha señalado anteriormente, el Psicoanálisis fue blanco de duras críticas en sus inicios. Una de ellas – la principal, quizá – fue haberlo tildado de “pansexualismo” y reprocharle (...) que derivaría todo acontecer anímico de la sexualidad, y lo reconduciría a ella” (Freud, 1923 [1922], p. 247). Ante ella, Freud reaccionó explicando que su teoría era dualista, es decir, que la sexualidad, en su obra, siempre se contraponen a algo, ya sea la autoconservación, las pulsiones de muerte, etc. Por otro lado, si bien la sexualidad tiene un papel fundamental en el Psicoanálisis (puesto que describe los modos en que el ser humano se vincula y cómo su psiquismo se va constituyendo a partir de esos vínculos), el objetivo del tratamiento analítico no es una liberación desmedida de las pulsiones sexuales, lo que llevaría a una concreción en la vida del sujeto de todas sus fantasías. De lo contrario, tal como puntualiza Freud, se trata de conocer dichas fantasías, así como las mociones sexuales reprimidas, para dominarlas, es decir, encauzarlas de forma tal que no generen síntomas, pero, al mismo tiempo, la energía que de ellas se desprende quede disponible para que el sujeto la dirija hacia actividades que sean valiosas para él y no le generen malestar.

Hoy día, además de las objeciones que ya se han puntualizado aquí, se tilda a las teorías psicoanalíticas sobre la sexualidad de machistas, androcentristas, etc. Empero, parece, primeramente, necesario considerar que las mismas surgieron en un contexto socio-cultural determinado y, al igual que otros descubrimientos científicos, es condicionada por los ideales predominantes en ese contexto.

Igualmente, se puede decir, tal como puntualiza Aguado Vázquez (2005), que lo psíquico se encuentra determinado por lo cultural, siendo, por ello, que Freud registró acertadamente la ocurrencia más o menos constante de ciertos fenómenos en el individuo que hoy día no se pueden visualizar de igual manera en la clínica. Es el caso, por ejemplo, de la envidia del pene, expuesta por Freud como una generalidad en el desarrollo sexual de las mujeres.

Cabe destacar, por otra parte, que Freud fue un pensador bastante avanzado en relación a las posturas conservadoras de su época. “Contemporáneo a la emergencia del sionismo y del primer feminismo, su aportación forma parte de un gran movimiento de emancipación. Empezó queriendo curar la neurosis, pero acabó provocando una liberación aún mayor” (Roudinesco, 2015, párr. 5).

Podemos concluir, por lo tanto, que los modelos dominantes en una época no lo son en la otra. Es el caso de las familias, cuyas concepciones han mutado ampliamente en la actualidad. La familia constituida por un papá, una mamá y sus hijos (conocida como heteronormativa) ha dado lugar a familias monoparentales, homoparentales, entre otras. Ésto hace con que algunos postulados psicoanalíticos freudianos ya no se apliquen en

general a todos los sujetos. Es el caso del complejo de Edipo, que ya no se puede extender a todos los individuos si se lo piensa como una triangulación conformada por el padre, la madre y el sujeto. Es por ello que dicha concepción ha sido reformulada por autores posteriores a Freud, como Silvia Bleichmar (1978), autora de quien hemos tomado algunas conjeturas en torno a ese concepto.

Para ampliar concepciones como la mencionada, parece importante conocer las obras de estos autores, las cuales han enriquecido y aportado nuevas perspectivas a las teorías del fundador del Psicoanálisis, al igual que leer los escritos de Freud desde una postura crítico-reflexiva, tal como se ha buscado hacer en la elaboración de este trabajo. Planteando interrogantes, buscando contestar algunas y dejando otras abiertas para ulteriores investigaciones.

Como bien indica Roudinesco (2015, párr. 11), “El psicoanálisis debe evolucionar al ritmo que lo hace el mundo”. No obstante, se cree que, para comprender dicha evolución, así como los postulados post-freudianos, es necesario conocer los orígenes del Psicoanálisis, esto es, la obra de Freud con sus diversas reformulaciones en el contexto en que surgió.

4. Referencias bibliográficas

- Aguado Vázquez, J. C. (2005) "*La envidia del pene*": una reinterpretación a la luz de la antropología del cuerpo. México: An. Antrop., 39-I, 167-178. Recuperado de: <http://www.revistas.unam.mx/index.php/antropologia/article/viewArticle/9984>
- Bauman, Z. (2000) *Modernidad líquida – Prólogo* – México: Editorial Fondo de Cultura Económica.
- Bleichmar, S. (1978) *La constitución psicosexual en la infancia*. México: Ediciones con fines didácticos de la Subsecretaría de Educación y Cultura de la Nación. Recuperado de: <https://es.scribd.com/doc/253709989/La-Constitucion-Psicosexual-en-La-Infancia>
- Carril, E. (2003) *Sexualidad para el Psicoanálisis. Sexualidad Infantil*. Montevideo: Publicación del Área de Psicoanálisis. Facultad de Psicología, UDELAR.
- Castellanos Urrego, S. G. (2015) *Una aproximación al desarrollo psicosexual desde la perspectiva de la metapsicología freudiana*. Bogotá: Pensamiento Psicológico, Vol. 11, N° 2, 2013, pp. 157-175. Recuperado de: <http://www.scielo.org.co/pdf/pepsi/v11n2/v11n2a10.pdf>
- Castro, F., Kapnist, E. (1997) *Sigmund Freud. A invenção da Psicanálise* [Documental] París: BFC Productions. Recuperado de: <https://www.youtube.com/watch?v=Yz96qUO4QRQ> (Traducción propia).
- De la Cruz, L. (2003) *Concepto de pulsión*. Montevideo: Publicación del Área de Psicoanálisis. Facultad de Psicología, UDELAR.
- Dio Bleichmar, E. (2002) *Sexualidad y género: nuevas perspectivas en el psicoanálisis contemporáneo*. Madrid: Aperturas Psicoanalíticas. Revista internacional de Psicoanálisis. Vol N° 011. Recuperado de: <http://www.aperturas.org/articulos.php?id=202>
- Dolto, F. (2001) *Sexualidad femenina. La libido genital y su destino femenino*. Barcelona: Editorial Paidós.
- Freud, S. (1917 [1916-17]) *20° conferencia. La vida sexual de los seres humanos*. En Freud, S. (1992) *Obras Completas*. Vol. XVI. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1917 [1916-17]) *21° conferencia. Desarrollo libidinal y organizaciones sexuales*. En Freud, S. (1992) *Obras Completas*. Vol. XVI. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1933 [1932]) *33° conferencia. La feminidad*. En Freud, S. (1992) *Obras Completas*. Vol. XXII. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1925) *Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los*

- sexos. En Freud, S. (1992) *Obras Completas*. Vol. XIX. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1909) *Análisis de la fobia de un niño de cinco años (el pequeño Hans)*. En Freud, S. (1992) *Obras completas*. Vol. X. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1910 [1909]) *Cinco conferencias sobre psicoanálisis*. En Freud, S. (1992) *Obras completas*. Vol. XI. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1924) *El sepultamiento del complejo de Edipo*. En Freud, S. (1992) *Obras Completas*. Vol. XIX. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1923) *El yo y el ello*. En Freud, S. (1992) *Obras completas*. Vol. XIX. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1940 [1938]) *Esquema del psicoanálisis*. En Freud, S. (1992) *Obras completas*. Vol. XXIII. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1911) *Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico*. En Freud, S. (1992) *Obras completas*. Vol. XII. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1950 [1892-99]) *Fragmentos de la correspondencia con Fliess. Carta 69*. En Freud, S. (1992) *Obras Completas*. Vol. I. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1914) *Introducción del narcisismo*. En Freud, S. (1992) *Obras Completas*. Vol. XIV. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1900) *La interpretación de los sueños (segunda parte)*. En Freud, S. (1992) *Obras Completas*. Vol. V. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1925) *La negación*. En Freud, S. (1992) *Obras completas*. Vol. XIX. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1923) *La organización genital infantil (Una interpolación en la teoría de la sexualidad)*. En Freud, S. (1992) *Obras Completas*. Vol. XIX. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1915) *Lo inconciente*. En Freud, S. (1992) *Obras completas*. Vol. XIV. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1920) *Más allá del principio de placer*. En Freud, S. (1992) *Obras completas*. Vol. XVIII. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1925 [1924]) *Presentación autobiográfica*. En Freud, S. (1992) *Obras completas*. Vol. XX. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1921) *Psicología de las masas y análisis del yo*. En Freud, S. (1992) *Obras completas*. Vol. XVIII. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1915) *Pulsiones y destinos de pulsión*. En Freud, S. (1992) *Obras Completas*. Vol. XIV. Buenos Aires: Amorrortu.

- Freud, S. (1912) *Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa* (*Contribuciones a la psicología del amor, II*). En Freud, S. (1992) *Obras Completas*. Vol. XI. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1931) *Sobre la sexualidad femenina*. En Freud, S. (1992) *Obras Completas*. Vol. XXI. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1905) *Tres ensayos de teoría sexual*. En Freud, S. (1992) *Obras Completas*. Vol VII. Buenos Aires: Amorrortu.
- Laplanche, J. (1980) *La sexualidad*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.
- Laplanche, J., Pontalis, J. B. (2004) *Diccionario de Psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Meler, I. (1998) *Amor y convivencia entre los géneros a fines del siglo XX*. En: Burin, M., Meler, I. *Género y familia; poder, amor y sexualidad en la construcción de la subjetividad*. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Nasio, J. D. (1996) *Enseñanza de 7 conceptos cruciales del Psicoanálisis*. Barcelona: Editorial Gedisa S.A.
- Rabinovich, D. S. (2003) *El concepto de objeto en la teoría psicoanalítica. Sus incidencias en la dirección de la cura*. Buenos Aires: Manantial.
- Roudinesco, E. (2015) *Freud en su tiempo y en el nuestro*. Madrid: Penguin Random House Grupo Editorial España. Recuperado de: https://books.google.com.uy/books?id=7SQYCgAAQBAJ&printsec=frontcover&source=gbs_ge_summary_r&cad=0#v=onepage&q&f=false
- Roudinesco, E. (5 de octubre de 2015) *Élisabeth Roudinesco: "Freud nos hizo héroes de nuestras vidas"*. El País. Recuperado de: http://cultura.elpais.com/cultura/2015/09/02/babelia/1441210297_491115.html
- Roudinesco, E., Plon, M. (2008) *Diccionario de Psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Strachey, J. (1972) *Nota introductoria (Tres ensayos de teoría sexual)*. En Freud, S. (1992) *Obras Completas*. Vol. VII. Buenos Aires: Amorrortu.
- Winnicott, D. W. (1954) *La lactancia natural*. Recuperado de: <https://ouricult.files.wordpress.com/2012/06/donald-winnicott-obras-completas.pdf>
- Zornig, M. A-J. (2008) *As teorias sexuais infantis na atualidade: algumas reflexões*. Maringá: Psicologia em Estudo. Vol. 13, N°. 1, pp. 73-77. Recuperado de: <http://www.scielo.br/pdf/pe/v13n1/v13n1a08.pdf> (Traducción propia).